CAPITULO II

El hostal de la Serafina

I

Jaume dels Castells había vuelto á su casa de Tarragona, enviado allí desde Montblanch por el marqués de Campoverde, del cual era acérrimo partidario en vista de la bizarría con que se portaba, y quien sabe también si por habérsele pegado la adoración que le profesaban á aquel general las tropas de Granada que operaban en Cataluña, y entre ellas los húsares, á cuyo regimiento pertenecían el novio de Pepeta y el comandante Arjona.

Pero no era Jaume el único *campoverdista* de la ciudad, ó, por mejor decir del Principado: toda Cataluña suspiraba por el dichoso marqués desde que se había marchado D. Enrique O'Donnell, y no cesaba ni por un momento el murmurar de los generales.

La caída de Tortosa hizo rebosar el cáliz de la amargura. No sólo fué de lamentar aquella catástrofe por la terrible pérdida que experimentaba la causa nacional, sino también porque abrió el dique que contenía á las pasiones populares é hizo nacer las más absurdas desconfianzas hacia los generales españoles, ya que poco afortunados, muy leales en su casi totalidad.

Jaume se distinguió precisamente por la violencia de su lenguaje contra el generalazgo. Todos eran para él *unos traidores* como García Conde. Iranzo, el buen Iranzo, era un traidor. D. Juan Caro era un traidor. Henestrosa era un traidor. Sarsfield era un traidor. Todos eran unos traidores, menos Campoverde. Y lo mismo que Jaume opinaba todo el *campo* de Tarragona, toda la *gent del llamp* (1). El recuerdo del gran Reding, el general de Granada, parecía haberse reconcentrado en Campoverde, para hacer de éste el digno sucesor del héroe de Bailén y de Pont de Goy.

Contaba Jaume con gran partido, así en la ciudad como en los pueblos circunvecinos, donde era bien conocido como uno de los más inconmovibles *castellers*, y sus palabras eran tenidas como las de un oráculo, mayormente *habiendo estado en Gerona* y sido el confidente de D. Enrique O'Donnell. Era, pues, Jaume, un elemento de popularidad de no poca importancia, una influencia poderosísima.

No sabemos hasta qué punto obraría Jaume *motu proprio* ó por encargo ajeno, pero ello es que después de lo de Tortosa su *campoverdismo* adquirió proporciones alarmantes, viéndose muy concurrida su casa por paisanos, y aun por militares.

Una noche, precisamente la víspera de Reyes, 5 de enero, encontrábanse en la casa siete ú ocho

(1) *Gent del camp, gent del llamp.* (Gente del campo, gente del rayo.)

labradores, en cuyos rostros se veía pintada la más ardorosa animación.

—Es preciso acabar con todos esos traidores que nos venden,—gritaba Jaume.—Aquí no hay más que llamar á Campoverde.

—Eso es: que venga Campoverde.

—Y fuera Iranzo.

—¡Iranzo es un traidor!

—Bien se ve.

—Claro.

—No hay más que hablar: ó Campoverde ó...

—O nadie más, como no venga el rey en persona.

—Pues ¿qué hemos de hacer?

—Lo dicho: mañana...

—Entendido.

—Los Reyes Magos nos traerán un general.

—Ganaremos.

La reunión se disolvió, y al poco rato veíanse salir por las puertas del Rosario, de San Francisco y de Santa Clara los labradores que se habían congregado en la casa de la calle de la Cebadería, que sin duda no habrán olvidado nuestros lectores.

II

Amaneció el día de los Santos Reyes Gaspar, Melchor y Baltasar, cuando por todos los caminos que conducían al *hostal de la Serafina*, inmediato á Tarragona, veíase afluir gran golpe de gente de no muy tranquilizador aspecto, según lo armados que iban.

Era el hostal, situado en la carretera de Reus, no lejos de la playa, á un cuarto de legua escaso de la arzobispal ciudad, un antiguo caserón rectangular, de planta baja, de paredes negruzcas sin revocar, y apenas perforado aquí y allá, irregularmente, con alguna ventana desquiciada. Una imagen de San Miguel, formada de azulejos, incrustada en la fachada, prestaba protección á la casa. Precedía á ésta una plazoleta con un abrevadero, cerca del cual se levantaba un enorme pajar, á cuyo alrededor picoteaban unas cuantas gallinas. Esparcidos aquí y allá veíanse algunos carros con las barras sobre el suelo.

El hostal gozaba de gran reputación por la excelencia de la *garnatxa* y del *rosolis* que se expendía en él, así como por la honradez que caracterizaba á la Serafina y á su marido, incapaces de sisar ni defraudar *una malla*, ni dar gato por liebre.

—Pero ¿dónde va tanta gente?—exclamaba la hostelera, mientras escanciaba sin tregua ni descanso á tanto huésped como había parecido por allí, hasta temer se quedara sin garnacha, ni aguardiente de *Horlanda*, ni rosolis, ni ratafía.—Parece que se haya dado cita aquí todo *el campo*.

—No tardaréis en saberlo, *mestressa*,—respondióle un labrador de los Pallaresos.—Vamos á arreglarles las cuentas á los traidores que desde Tarragona están vendiendo al francés toda Cataluña.

—Y haréis bien,—respondió la Serafina.—A todo el que no ande derecho, duro en él.

—Ya veréis, Serafina, si les haremos andar derechos.

Retiróse el hombre después de haberse echado al coleto medio vaso de *Horlanda*, y fué á tomar sitio en el grupo que se había formado en la plazoleta, y en medio del cual era fácil distinguir por su gigantesca estatura á Jaume dels Castells.

Habíanse reunido en el hostal más de dos mil hombres, armados en su mayoría de escopetas y trabucos, y sin excepción centelleando de ira los ojos y expresando la más violenta agitación interior. El espectáculo era tan poco tranquilizador como puede imaginarse, pues aumentaba aún lo siniestro de la traza de los congregados aquel ir tan embozados en las mantas que no dejaban ver más que los ojos, pues era intenso el frío.

Al cabo de un rato vióse á Jaume encaramarse á uno de los carros, oportunamente trabado, y desde allí, con su vozarrón áspero y potente, empezó á perorar, echando sapos y culebras contra todos los generales traidores, y asegurando que la única salvación estribaba en que fuese nombrado capitán general el marqués Campoverde, único que sabía lo que se pescaba, único que tenía ganas de *gresca*, único que podía recobrar á Tortosa, á Lérida, á Rosas, á Gerona y rescatar á Barcelona, pues para ello sólo bastaba *querer*, y ninguno de aquellos generales, como Iranzo y demás, *querían*, ni sabían, porque estaban vendidos al francés.

Cuanto más vociferaba Jaume, más se iban convenciendo los oyentes de que hablaba *como un San Pablo*, y más ardientes eran las aclamaciones con que eran acogidas sus palabras. Todo se volvían gritos de *¿Qué fem, donchs? (¿Qué hacemos, pues?)*

¡A Tarragona! ¡Morin els lladres! ¡Fora Iranzo! ¡Mort en ells! y demás lindezas del caso.

El vocerío era ensordecedor. Las manos parecían tener el baile de San Vito. La impaciencia por ir á Tarragona no podía contenerse.

Aquella muchedumbre, engrosada de continuo, hasta formar ahora un conjunto de más de tres mil payeses, abandonó por fin, en medio de amenazadores gritos, el hostal de la Serafina, y se encaminó hacia la ciudad, entrando por la puerta de San Francisco y dirigiéndose, por la Rambla y la calle Mayor, hacia la del Arco de San Lorenzo, donde, inmediato al cuartel del Carro, tenía su morada el capitán general D. Miguel de Iranzo.

No cogiendo en aquella calle la multitud, desparramóse por el Llano de la Catedral, y allí el gritar de nuevo que se marchase Iranzo, y allí el dar vivas á Campoverde, *capitán general de Cataluña.*

Todo era confusión en la ciudad, siendo lo más grave que la tropa (húsares de Granada y algunas compañías de Almería) no parecía muy dispuesta á hacer armas contra los amotinados, pues era adicta á su paisano, el granadino marqués. El tumulto crecía, pues, y se presentaba ya amenazador, cuando comenzaron á circular entre los grupos numerosos frailes (descalzos, trinitarios, capuchinos, franciscanos, dominicos, mercenarios, cistercienses, cartujos, que de todo esto había), y aconsejaron á los enfurecidos *forasteros* que se retirasen á sus pueblos, pues Iranzo iba á reunir consejo de generales para hacer dejación del mando.

Así sucedió, en efecto. Iranzo envió órdenes á los generales que mandaban la línea formada desde Lent á Montblanch, y con la mayor rapidez acudieron todos á Tarragona. Reunido el Consejo, manifestó el general la necesidad en que se veía de renunciar el cargo, á fin de evitar las contingencias de un sangriento conflicto entre las tropas y el pueblo; y, á tenor de lo preceptuado en la Ordenanza, hizo presente que debería sustituirse el general que le siguiera por orden de antigüedad. Tres ó cuatro que se encontraban en este caso fueron declinando uno tras otro el honor de mandar en jefe las fuerzas del principado de Cataluña, hasta que, habiéndole tocado el turno á Campoverde, aceptó éste el peligroso cargo, si bien alegando que sólo entendía desempeñarlo interinamente y mientras la Regencia le confirmase en aquel puesto ó nombrase á otro en su lugar.

Una vez hecha pública la mudanza, pareció como que renaciera la confianza en los ánimos y que no fueran ya posibles más catástrofes en todo el territorio catalán.

No había de tardar en verse si tenían razón ó no los *campoverdistas* en haber confiado tanto en aquel animoso aunque mediano jefe.

La ciudad estaba tranquila.

III

Bien ajena, sin duda, á lo que estaba ocurriendo respecto á quién había de ser el general en jefe se hallaría una familia avecindada en los bajos de una vetusta casa de la calle de Mediona, y compuesta de una pobre viuda, su madre septuagenaria y tres chiquillos de corta edad (dos arrapiezos y una muchachita).

No brillaba por el lujo, ni siquiera por una modestísima medianía, aquella paupérrima vivienda. Hallábanse reunidos todos sus moradores en una pieza inmediata á la calle, de ahumadas y agrietadas paredes, relucientes á fuerza de rozamientos, que servía de cocina, comedor y dormitorio. Una chimenea apagada rodeada de un vasar en el cual se veían algunos cacharros desportillados; un escabel mugriento, un banco no menos pringoso, una *pastera* más llena de polvo que de harina, un cofre que no fué tallado, sin duda, por ningún contemporáneo, y una mesa construída quizás en tiempo de San Olegario, repoblador de Tarragona, constituían lo más visible del ajuar, aunque sería grave omisión no añadir también al anterior inventario unos *gozos* de San Magín, víctimas de numerosísimos cuanto irrespetuosos desacatos de las moscas. Penetraba allí la luz por un ventanillo de opacos vidrios, revestidos de telarañas, que se abría al lado de la puerta, cerrada á causa de la crudeza del tiempo. La habitación despedía un olor que revelaba la miseria de aquella casa; un olor húmedo, frío, nauseabundo, procedente así de la falta de ventilación como de la calidad de los alimentos poco delicados que constituían la ordinaria comida de aquellos infelices.

Eran las tres de la tarde del 8 de enero. La niña jugaba con una muñeca de cartón, de forma prehis-

tórica, comprada por dos cuartos por los *Reyes Magos* y dejada en la alpargata que la niña colocara en el ventanillo al acostarse después de haber asistido á los *Maitines* de aquella festividad. Los dos muchachos, de rodillas en tierra, estaban engolfados jugando á *redolins* (aleluyas). La madre y la anciana, ambas vestidas de luto, sentadas en el banco, hacían calceta con movimiento maquinal.

—Otros más que se han ido,—decía tristemente la vieja.—¿Qué va á ser de nosotros? ¡Faltarnos ahora este poco de trabajo que nos daban D.ª Flora y D.ª Guadalupe! ¿Qué será de nosotras?

—Nacimos bajo mala estrella, madre,—murmuró la hija, que tendría unos veinticinco años y revelaba en sus facciones los más hondos sufrimientos. Y, sin embargo, aun se notaban en aquel rostro marchito y nada limpio ciertos rasgos que denunciaban una fisonomía en otro tiempo agraciada.

—Sí: en eso tienes razón de sobras, Tuyetas (Gertrudis): en tratándose de pagar nosotros las culpas de otros, no yerra nunca la cuenta. ¡Dios quiera ahorrarnos el purgatorio, ya que tantas penas hemos pasado en este mundo!

—¿Qué va á ser de esas pobres criaturas?—dijo Gertrudis, fijando sus ojos en el grupo que formaban los dos muchachos, de cada vez más abstraídos en sus aleluyas, que hacían revolotear dando sobre ellas con la palma de la mano y viendo si caían por el lado blanco ó por el lado negro.

Una lágrima se deslizó silenciosamente por las mejillas de la joven madre.

—Paciencia, hija mía,—repuso la anciana.—Estoy tan hecha á sufrir, que no habrá pena que pueda cogerme de sorpresa. ¡Vengan desgracias, que para soportarlas nos ha echado Dios al mundo! Lo que sí me duele es que se acuerde tanto de nosotros el Señor. Murió mi pobre Fructuoso en el *Real Trinidad* para ayudar á *Poleón* contra el inglés. ¡Buenas quedamos! Te casas, y gracias á Francisco podíamos pasarlo regularmente, cuando cata que le matan los polacos al volver de la Canonja con el carro, cinco meses hace. No nos queda más amparo que el trabajo. Venga hacer calceta, venga lavar ropa: con esto ganamos para no morirnos de hambre; pero ni D.ª Flora ni D.ª Guadalupe quieren exponerse á pasar un susto, y á Mallorca falta gente. ¡Malditas las guerras! ¡Malditos los franceses! ¡Maldita la sangre que llevan en las venas!

Oyóse llamar.

La anciana, con muestras de sorpresa, interrumpió su irritado discurso y fué á abrir, apareciendo en el umbral de la puerta la silueta de un cura.

—Pasaba por aquí y me han dado ganas de entrar para ver cómo os encontráis,—dijo el clérigo, ya sesentón y que por su aspecto no denotaba ser hombre de muchas entendederas ni de muchos cuartos, como así era, pues se trataba de un pobre capellán de las monjas descalzas, las más pobres entre todas las de la ciudad.

—Pues ya ve V., mosén Leodegario,—respondió la anciana.—Estamos mejor que queremos.

—Vamos, vamos: tomadlo todo con resignación. Estamos en este valle de lágrimas únicamente para pasar trabajos y...

—¡Y tantos trabajos, mosén Leodegario!—dijo interrumpiéndole la joven.—Ya no sé qué otros trabajos nos faltan que pasar.

—¡Voto á *lillo belillo!*—replicó el cura.—Veo que la cosa se presenta mal: ya me lo figuraba yo. Con esas marchas de tantos señores os habéis quedado á la luna de Valencia. Ya me daba en el corazón que había de encontrar esta casa hecha un mar de lágrimas. En fin, os repito lo que os decía antes: paciencia.

—Si fuésemos mi madre y yo solas las que padeciéramos, no había de faltarnos,—respondió Tuyetas;—pero ya ve V. esas pobres criaturas...

—Sí, señor: es lo que dice mi hija, P. Leodegario,—arguyó la vieja;—si no fuese por esas pobres criaturas...

—Pues habrá que pensar en ellas,—contestó el cura.—¡Pobrecitos! Pero ¿qué vamos á hacer? ¿Qué remedio? Eso pregunto yo y no atino. ¡Hay tantos á quienes atender! No podéis figuraros el número de viudas y huérfanos que hay en Tarragona. Todo el mundo se viene aquí, como si estuvieran aquí las Américas. Los únicos que ganan dinero ahora son los mercaderes de géneros. ¡No bastan á despachar ropa negra! Los demás, los pobres labradores, ya veis. Todo está abandonado: nadie se atreve á salir *fuera del portal*. No sé dónde iremos á parar si continúa por mucho tiempo la guerra. Nosotros, fuera de algunos beneficiados y canónigos, nos hallamos *in albis;* pero ¡caramba! ¿sabéis que se siente mucho frío aquí?

—¡Ya lo creo que lo sentirá V., P. Leodegario!—

Hace más de quince días que no se ha encendido fuego en esta casa.

—¡Buenas Navidades habéis pasado, sí, ya sé! Pero ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡No encontrar yo nada! No sé: veo que voy perdiendo mucho. ¡Ah! ¡Si Dios quisiera iluminarme!

El pobre cura comenzó á pasear á grandes pasos por el oscuro aposento, con el sombrero de teja echado atrás, semejando un colosal moscardón.

Las dos mujeres se miraban con taciturna indiferencia, retratándose en sus rostros la más desesperada desolación.

—¡Calle!—exclamó de pronto el P. Leodegario pegándose una gran manotada en la frente.—Ya he dado en el *quid*. Sí: no me cabe duda ¡Me servirá! ¡Como si lo viera!

Y, llevado de un súbito arranque, echóse á la calle, sin despedirse siquiera de las dos mujeres.

IV

Dejemos á aquella infeliz familia, llena de asombro por las exclamaciones del P. Leodegario, y sigamos á este digno capellán, al que veremos encaminarse precipitadamente hacia una casa de señorial aspecto de la calle de la Nao.

El cura subió las escaleras tan rápidamente como se lo permitían sus cansadas piernas, y tiró resueltamente de la campanilla al llegar á la puerta del primer piso, que no tardó en abrirse, apareciendo tras de ella la figura de una robusta fámula.

—¿Está el comandante? Diga V. que he de verle en seguida,—exclamó sin esperar contestación á lo que preguntaba.

—¡Voy, voy, mosén Leodegario!—respondió la sirvienta desapareciendo, mientras el cura, sin entretenerse en hacer antesala, penetraba en las habitaciones interiores.

No tardó en aparecer el comandante Arjona, quien al ver al cura dió muestras de la más agradable sorpresa.

—¡Tanto bueno por esta casa, padre!—exclamó el comandante estrechando la mano del humilde clérigo.—¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

—Vengo á pedirle á V. un favor, señor *de* Arjona, —repuso el cura, que, como se ve, exageraba algo el apellido del bizarro jefe;—un favor que no me podrá negar V.

—Por de contado que no se lo podré negar, mi querido padre,—respondió el comandante.—Conque empiece V. á decir.

Durante esta conversación habíanse dirigido los dos interlocutores á la habitación de Arjona, alojado en aquella casa, quedando solos en el aposento.

—Pues bien, mi comandante,—dijo el cura;—trátase de una obra de caridad.

—Perfectamente.

—De dos infelices mujeres con tres niños que están poco menos que pereciendo de necesidad. El abuelo murió en Trafalgar. El padre fué víctima de los franceses, que lo asesinaron al encontrarle un pliego de Sarsfield que llevaba escondido en la bolsa del carro.

—¡Infelices!

—Con la emigración que ha habido desde lo del otro día, las pobres mujeres se encuentran sin trabajo. Yo nada le he pedido á V., porque creí cumplir con mi deber; pero ahora reclamo la asistencia del amigo.

—Está V. en su derecho. Nunca podré pagar lo que le debo á V., pues tanto influyó con sus consejos para que el pueblo proclamase á Campoverde por capitán general.

—No quería recordar á V. la participación que hubiese podido tener yo en aquellos sucesos; pero, en fin, ya que ha sido V. tan bueno que ha querido hacerlo, aquí me tiene V. como quien viene á reclamar el premio, y ese premio es que ampare V. á esos infelices, socorriéndoles mientras se encuentren en la cruel necesidad de ahora.

—No puede V. figurarse la alegría que me da V. con pedirme eso. Sí, señor: yo protegeré á esa familia, y por de pronto ahí van cuatro onzas.

El comandante abrió uno de los cajoncitos de una preciosa arquimesa que había en la habitación y entregó al cura cuatro peluconas de esas que al presente constituyen rareza mayor que una mosca blanca.

El P. Leodegario pareció quedar bastante satisfecho y dijo:

—Estimo en todo lo que vale su noble proceder, comandante Arjona. No esperaba yo menos de su generoso corazón. Mil gracias, y que Dios se lo pague á V., como no dudo se lo pagará.

Y al decir estas palabras, por extraño que pudiese parecer, la facha vulgarísima, casi ridícula, del

reverendo padre trasfiguróse, adquiriendo como una augusta divina majestad.

El cura saludó profundamente al comandante, y, enjugándose una lágrima que estaba á punto de deslizarse por sus mejillas, salió del cuarto sin poder decir una palabra más, dejando al comandante hondamente conmovido.

V

Como si fuese llevado en alas de los vientos, llegó el P. Leodegario en brevísimo tiempo al triste camaranchón de la calle de Mediona. La emoción que le embargaba no le dejaba pronunciar ninguna palabra. Por fin pudo decir:

—¡Estáis salvadas, hijas mías! Dios ha querido que mi inspiración haya obtenido el más cumplido éxito. Tomad: ahí van cuatro onzas.

Y las monedas relucieron sobre la palma de la mano del eclesiástico en la oscuridad del aposento.

—¡Milagro!—exclamó la anciana.—¿Cómo puede ser eso?

—No hay más cera que la que arde,—contestó alegremente el padre.—Eso sí: es preciso ahora tener juicio.

—¡Díganoslo V.!—respondió Gertrudis.

—Sí: ya sé que eres tú hacendosa y económica, Tuyetas; pero no está de más que ahora lo seas todavía más que antes. Y, después de tener juicio, conviene otra cosa, y es que no me dejéis de venir á misa cada día, á las Descalzas, allí en el altar de la Virgen de la Leche, y roguéis por el comandante Arjona... ¿os acordaréis?... para que la Virgen del Carmen y Santa Teresa de Jesús le libren de todo mal. ¿Estamos?

—Haremos todo lo que V. nos mande, mosén Leodegario. Pero díganos V.,—añadió la anciana;—¿podríamos saber por qué nos encarga V. que encomendemos á la Virgen del Carmen al comandante Arjona?

—Madre, tonta sois si no lo adivináis. El comandante ha sido el que nos ha enviado ese dinero.

—¡Muchacha! ¿Cómo sabes tú eso?—dijo el cura.

—El corazón me lo reveló en seguida. Sí: ya sabíamos que era V. amigo de ese militar, con quien le hemos visto hablar muchas veces.

—Sí: somos muy amigos. ¡Oh! ¡Gran persona! ¡Excelente sujeto! Figuraos que se encontró en el sitio de Gerona con Jaume dels Castells. No digo más. ¡Un hombre que estuvo en Gerona y es amigo de D. Enrique O'Donnell y del marqués de Campoverde! Por supuesto que me debe á mí algún favorcito: ¿eh? Porque de menos estamos en este mundo, y aquí donde me veis, tan poca cosa, tan humilde, soy un hombre como los demás. ¡Vaya! Y, si á decir fuéramos, ¡voto á *lillo belillo*! algo hice para que echáramos de aquí á aquel Sr. Iranzo que no servía para nada y pusiésemos al marqués al frente de la capitanía general. ¡Je! ¡Je! Mosén Leodegario puede decir á boca llena que si los del Raurell, los de Constantí y los de la Secinta acudieron al hostal de la Serafina fué porque les convencí de la necesidad de hacerlo. Porque soy hombre ¡voto á *lillo belillo!* que, aunque tengo sesenta años, puedo todavía coger un trabuco y echarme al campo á matar franceses, y echarme á la calle también, si conviene, para enviar enhoramala á los generales que no saben lo que se pescan. Pero dejemos eso y á lo que estamos. Guarda bien ese dinero, Tuyas, y que la gente no se entere, que hay muchos que si lo supieran vendrían aquí diciendo *part hi vull (quiero parte)*, y no está la Magdalena para tafetanes, que la guerra va á ser larga, y Dios sabe si yo veré su fin, y hasta que vuelvan los señores que han puesto el mar de por medio habrá llovido muchas veces. Conque ¡viva Campoverde!, y si queréis que nadie sepa que tenéis onzas venid á casa esta noche, y yo las iré á cambiar en plata menuda en casa del canónigo Chapines, que se hombre que tiene en su casa dinero más que suficiente para hacerse decir treinta mil misas. Así, buenas noches, hijas, y esos arrapiezos que no salgan por ahí charlando lo que hay. ¿Estamos?

Las dos mujeres y los tres chiquillos besaron la mano del digno capellán de monjas, y el P. Leodegario, embozándose en el manteo, marchó apresuradamente á la iglesia, resuelto á rezar lo menos tres partes de rosario aplicadas en intención del comandante Arjona.

Por lo demás, falta le hacía al comandante que hubiesen buenas almas que rogasen á Dios por él, pues al amanecer del día siguiente recibía orden el regimiento de húsares de Granada de partir á Santa Coloma de Queralt, al objeto de reforzar la división mandada por D. Pedro Sarsfield, y ya se sabía que yendo con Sarsfield no faltaban continuas ocasiones de andar á cintarazos con el enemigo.

Si ahora se nos permitiese poner algún comentario á la escena de la calle de Mediona, diríamos que no todo son glorias y laureles en la guerra. El caso de la desgraciada familia á que nos hemos referido era frecuentísimo. La miseria, la orfandad, tristes secuelas de la guerra, eran el legado de las más gloriosas victorias, sin que en el general empobrecimiento de la nación fuese dado socorrer á tantos desventurados seres. Digan lo que quieran los partidarios de la guerra, ésta es horrible y debería desaparecer de la haz de la tierra como reliquia de los siglos bárbaros. Hay que tener presente que las condiciones económicas de la vida ordinaria, no solamente seguían su curso siempre angustioso, sino que se hacían mil veces más crueles. No había allí quien repartiera comida y diera vestidos y lumbre al que carecía de ellos, sino que todo resultaba encarecido, y con la falta de trabajo eran poquísimos los que podían sustentarse medianamente siquiera. Estaban los préstamos á la orden del día, á crecidísimo interés. Las familias veían asolados sus campos, desiertas sus tiendas, cerrados los establecimientos donde se ganaban el pan de cada día los hombres. Las clases acomodadas abandonaban su residencia para trasladarse á Mallorca ó á Inglaterra, y, así, sólo quedaban en las ciudades los pobres, los arruinados, presa de desesperación, aunque sin cejar por eso, ni por un momento, en su noble empeño de sacudir la imposición infame de la tiranía napoleónica.

CAPÍTULO III

Más bullangas

I

GRANDE alarma hubo en Tarragona al cabo de algunos días de los sucesos anteriormente referidos, anunciando el vigía de la Catedral la aproximación de fuerzas francesas á los muros de la plaza. Así era, en efecto. Sabedor Mac-Donald, que se encontraba en Reus, del motín ocurrido en Tarragona, y creyendo que la ciudad se encontraría desgarrada por luchas intestinas, salió con dos divisiones con ánimo de dar un golpe de mano; pero pronto hubo de convencerse de que la plaza se hallaba perfectamente tranquila y prevenida á la resistencia. Con todo, probó de mantenerse á la vista; pero fué breve su estancia por aquellas cercanías, pues la misma noche se vió molestado por los somatenes y encontróse, además, con que no había que contar con la posibilidad de procurarse provisiones: tanta era la carencia de todo mantenimiento en los desiertos *masos* y la falta de producciones en las huertas. En su consecuencia, dejando Mac-Donald para mejor ocasión la toma de Tarragona, enderezó sus pasos hacia Lérida, al intento de reunirse allí con Suchet, el jactancioso divisionario cuya arrogancia no conocía límites.

Con la marcha del duque de Tarento ofrecióse ocasión á Campoverde de poner á prueba sus condiciones de mando, y, la verdad sea dicha, no se durmió en las pajas, enviando orden á Sarsfield, que se encontraba con una división en Santa Coloma de Queralt, para que cerrase el paso á Mac-Donald, al propio tiempo que él saldría de Tarragona para atacar por retaguardia al de Tarento.

El plan estaba bien concebido y se llevó á cabo con notable bizarría. Sarsfield bajó de Santa Coloma, situándose entre Valls y Pla de Cabra (allí mismo donde dos años antes quedó derrotado Reding por Saint-Cyr), en espera de la vanguardia de Mac-Donald, formada por la división italiana. Al ver el enemigo á los nuestros detúvose en el pueblo de Figuerola, con intención de tomar la ofensiva y atacar la derecha de Sarsfield; pero no les dejó éste que pudieran salir de allí. Las tropas españolas atacaron furiosamente á Figuerola, arrollando á los italianos, que, al grito de *¡Sálvese quien pueda!* y tirando las armas, procuraron salir de aquel círculo de hierro. ¡Vano empeño, sin embargo, pues allí estaban para darles alcance (y se lo dieron sangrientísimo y feroz) el regimiento de húsares de Granada y el de la Maestranza de Valencia, acaudillados por sus valientes coroneles D. Ambrosio Foraster y don Eugenio Yebra!

No reparaban en nada los nuestros, ávidos de lavar la derrota que en aquellos lugares sufrieran en otro tiempo nuestras armas, y así llegaron hasta dar vista á Valls; pero, habiendo Mac-Donald enviado

grandes refuerzos á los fugitivos, y resultando nuestros dos regimientos harto inferiores en número á las fuerzas enemigas que en breve se juntaron, tuvieron que cesar en la encarnizada cacería, librándose así de un completo destrozo la división italiana, que quedó poco menos que en cuadro, contándose entre los muertos á su desgraciado jefe el general Eugeni.

Por su parte había contribuído Campoverde al éxito de la empresa; pero no pudo alejarse mucho de Tarragona por múltiples razones, viéndose precisado á regresar en breve á la ciudad. Había, ante todo, que proceder al fortalecimiento de sus murallas ante la espectativa de un sitio, indudablemente próximo; había que atender asimismo á disminuir en lo posible las desventajas ocasionadas por la pérdida de Tortosa y del castillo del Coll de Balaguer, y, por fin, precisaba la presencia de Campoverde en Tarragona por cuestiones políticas. No faltaba, en efecto, quienes bajo cuerda trabajasen para quitarle el cargo de capitán general de Cataluña, y traíale esto á mal traer al señor marqués, harto encariñado con aquel mando, si lleno de responsabilidades, importantísimo y hecho para halagar la vanidad del que buscase en él un motivo de elevada representación.

Era grandísima la popularidad de Campoverde, apoyado especialmente por las clases humildes, mientras que la gente de suposición, adicta á la Regencia y enemiga de todo lo que oliese á *menestrales* y labradores, no ocultaba el disgusto con que veía elevado á la suprema dignidad militar del Principado á un caudillo joven, impuesto por un motín y por las tropas granadinas que desde los primeros meses de la guerra campaban en Cataluña. Toda la gente de armas tomar, todos los verdaderos patriotas, todos los partidarios de la guerra activa y porfiada (labriegos, menestrales, pescadores, frailes, el clero inferior y rural, las órdenes religiosas menos ricas), todos estaban por Campoverde, viendo encarnadas en él las aspiraciones del país. La nobleza, los hacendados, el clero catedral, los frailes opulentos, deseaban otro jefe, que, á ser posible, contuviese al paisanaje y se valiese solamente de la tropa regular.

Campoverde, por su parte, hacía lo posible por conservarse en el mando, y, más ó menos ostensiblemente, dejaba que le apoyasen los elementos que le habían elevado á la capitanía general. Uno de los medios que más adeptos le granjearon fué el consejo de guerra celebrado para juzgar en rebeldía al conde de Alacha, y su degollación en forma de monigote.

II

Así estaban las cosas en el momento en que vamos á presentar de nuevo al lector al comandante Arjona, de nuevo en Tarragona, después de haber tomado parte tan principal con sus húsares en la victoria de Figuerola.

Alojábase el digno militar en casa de un rico propietario llamado D. Tadeo Barnaprés, por rara excepción furibundo *campoverdista* y uno de los pocos hombres de posición que no habían abandonado la ciudad cuando empezaron á circular rumores de un próximo asedio. Eran frecuentes las visitas que á su casa hacía Jaume dels Castells, y por las idas y venidas de unos y otros podía colegirse que algo se tramaba en aquella casa.

Una noche, á mediados de febrero, presentóse en el alojamiento del comandante mosén Leodegario, pidiendo á Jesusito, su ordenanza, verle inmediatamente.

Introducido al punto en el cuarto que ocupaba el bizarro militar, exclamó el capellán de monjas:

—Le traigo á V. grandes noticias, amigo Arjona; noticias que habrán de sorprenderle.

—Vamos: vaya V. diciendo, padre, que ya me tiene V. impaciente.

—Pues bien: sepa V. que está para llegar de Cádiz el navío *América*. ¿Lo sabía V.?

—Le aseguro á V. que no. Pero no veo en eso nada de particular. Como se susurra si Suchet va á venir pronto, quizá nos mandarán municiones.

—¡Buenas municiones! ¿Sabe V. lo que trae el *América*?

—No. ¿Qué trae?

—Pues trae á D. Carlos O'Donnell, que viene á reemplazar al marqués.

—¡Qué me dice V.! ¿Está V. seguro?

El P. Leodegario, bajando la voz, exclamó:

—Lo he oído decir al señor canónigo lectoral, á quien se lo ha escrito un diputado de Cádiz.

—¡Qué conflicto!

—No veo que pueda haberlo, comandante. Aquí no

nos dejaremos imponer á nadie ni por nadie. Por lo tanto vengo á participar á V. que voy á trabajar de nuevo; pero será preciso que V. me ayude un poco.

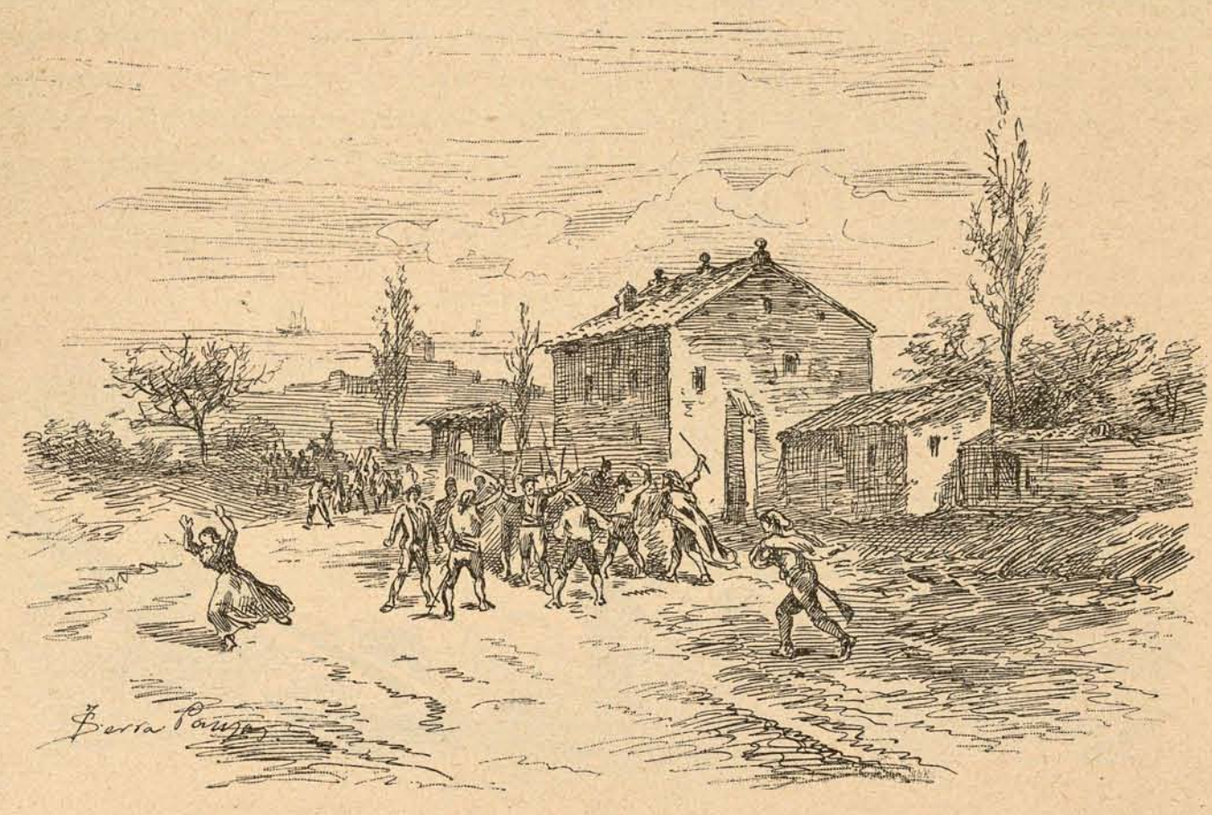
—Le ayudaré á V., P. Leodegario; pero dígame qué he de hacer.

—Pues poca cosa: se viste V. de paisano, si puede ser de labrador ó de marinero mejor; manda hacer lo mismo á cuantos hombres pueda de su regimiento, y nos vamos todos al muelle así que se avista el navío, bien entendido que no dejamos desembarcar á Dios.

—¿Nada más que eso?

—Creo que bastará.

—Es sensible tener que apelar á tales medios; pero creo que si perdemos á Campoverde se enfriará el entusiasmo del país, y eso no conviene en manera alguna, y se necesita hacer toda clase de sacrificios para que eso no suceda. Yo no digo que D. Carlos



Motín en el hostal de la Serafina

O'Donnell no sea un excelente general que ha hecho muy buenas campañas en Extremadura; pero no conoce esto, y es preferible á todo un general que lo conozca.

—*Tu dixisti.* Pero ¿á quién se le ocurre quitar á Campoverde, cuando desde que él está al frente de este negocio hemos dado más palizas que nunca á los franceses? Y por cierto que es chusco lo que le estoy contando á V., como si V. no lo supiese mejor que yo; V., que se cansó de matar gabachos desde Figuerola á Valls.

—No tanto, padre. Se trabajó como se pudo; pero, en fin, estamos metidos en la danza y no podemos salir ya del compromiso. Convenido todo: cuando V. me avise...

—Haremos lo mismo que cuando lo del hostal de la Serafina: ¿verdad?

—Exactamente. Cuente V. siempre conmigo.

Y, muy satisfecho del resultado de la entrevista, retiróse el cura, que estuvo soñando toda la noche con un gran navío cargado de generales.

III

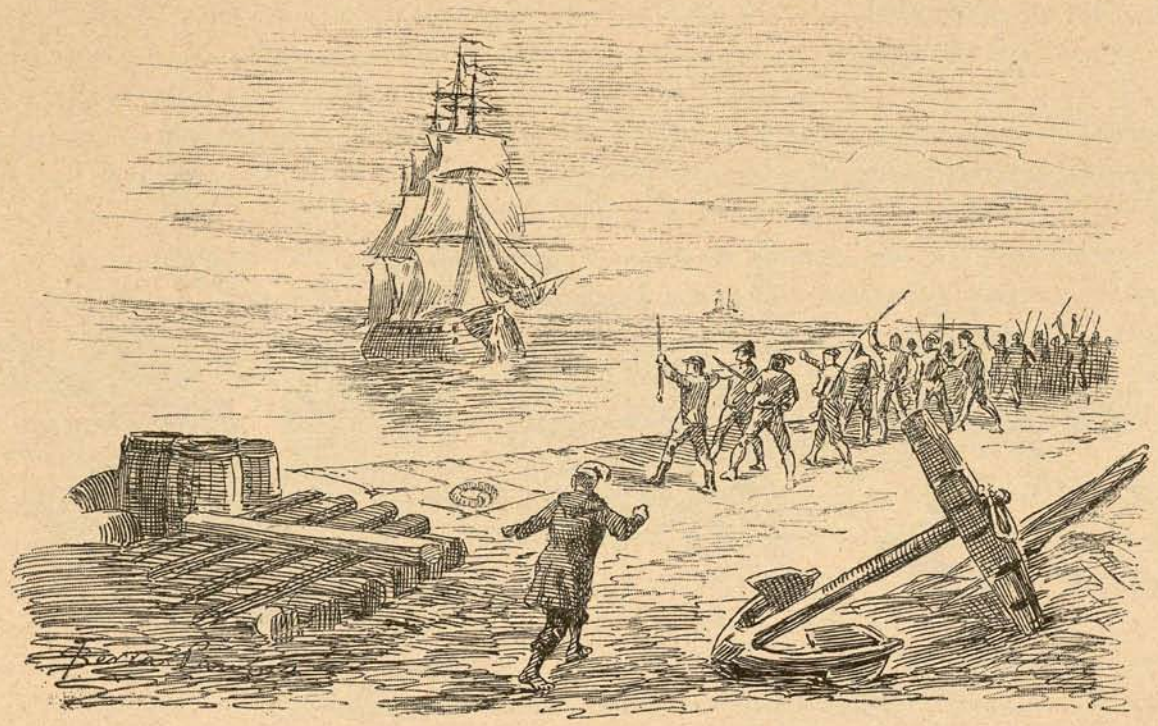
Amanecía el 15, dos días después de la escena anteriormente referida, cuando empezaron á recorrer las calles de Tarragona numerosos grupos de gente armada, lanzando tremendos gritos de *¡Viva Campoverde! ¡Fuera el navío!*

Habíase avistado, en efecto, la anunciada embarcación, corriendo en seguida la voz de que iba á su bordo el general D. Carlos O'Donnell, en cuyo favor, como se ve, no se revelaban las simpatías que dejara en Cataluña su hermano el futuro conde de La Bisbal.

La multitud se dirigió hacia la puerta de San Juan, saliendo al arrabal, á cuyo extremo sur se prolongaba el muelle, ocupando al momento dicho punto en actitud nada tranquilizadora.

La mole del navío *América* avanzaba lentamente, hasta que se detuvo á tiro de cañón, saludando entonces á la plaza con las salvas de ordenanza, á la cual contestaron inmediatamente los fuertes; pero, una vez acallado aquel estruendo, levantóse un clamor inmenso que atronó el espacio, oyéndose distintamente los gritos de *¡Viva Campoverde! ¡Fuera O'Donnell!*

Nunca como en aquella ocasión pudo decirse que *las autoridades brillaron por su ausencia,* por más que este usado tópico hubiese sido ya de oportuna aplicación en las anteriores bullangas. Dios sabe lo que hubiera podido suceder, dada la sobrexcitación de los ánimos, á no haber llegado al poco rato



La mole del navío *América* avanzaba lentamente...

una chalupa enviada por el comandante del navío con la noticia de que el barco no conducía á general alguno, sino que era portador de pertrechos de guerra. Con esto se apaciguó todo y renació la tranquilidad. La gente regresó á la capital, y el comandante Arjona y sus húsares se despojaron de sus disfraces para revestir de nuevo los dolmanes encarnados.

La gente estaba tan acalorada, sin embargo, y recelaba tanto de que al mejor día no viniese un general en propiedad á reemplazar á su ídolo (que al aceptar el mando había manifestado modestamente que sólo lo admitía con carácter de interino), que no se tardó mucho en volver á las andadas. Es indudable que las guerras producen singulares estados de espíritu, pues no se concibe cómo una población tan morigerada como Tarragona se entregase á aquella serie de asonadas escandalosas, que á poco podian convertirse en jornadas sangrientas y volverse las armas contra imaginarios *traidores*. Sin duda la exasperación causada por la conducta de García Conde, de Alacha y de Serra al entregar las plazas de Lérida, Tortosa y Coll de Balaguer, que tanto contrastaba con la inmortal defensa de Gerona, había producido aquella alteración del carácter de la población de Tarragona. Oíase únicamente prometerse todos *el oro* y *el moro*, y no andaba Campoverde escaso de promesas. El entusiasmo popular le prestaba cualidades y virtudes que estaba muy lejos de poseer, aunque á buen seguro el marqués no abrigaba sino nobles ambiciones, por más que careciese de condiciones para realizarlas.

Ello es que, á fin de regularizar aquella situa-

ción tan tirante, hubieron de acercarse al general la Junta del Principado, los prohombres de los gremios y otras personas caracterizadas, rogándole se posesionase del mando en propiedad.

Ya tenemos capitán general hecho y derecho al marqués de Campoverde, y, como precisaba hacer algo para corresponder á las esperanzas del pueblo y no había medios, imaginó por de pronto Campoverde que se reuniese un congreso catalán en Tarragona (lo mismo que había hecho D. Enrique O'Donnell), aunque proponiéndose para luego otras empresas que pudiesen procurarle mejor lustre. Y, en efecto, se reunió el Congreso, y al momento protestó la Junta de Provincia y hubo la de Dios es Cristo, y fué preciso cerrarlo. Y, crecido Campoverde con el favor de las clases populares, atropelló á quien se atrevió á oponérsele, acabando aquello como el rosario de la Aurora, no sacándose otro resultado que un cambio de personal en la Junta, encargada particularmente de atender á lo económico, es decir, á lo que resultaba tan difícil como ganar batallas, dada la penuria del país.

Aquellas divisiones, tan propias del carácter nacional histórico, no contribuían nada á favor de nuestra causa y dejaban en Tarragona, y, más que en Tarragona, en el ejército, una levadura de indisciplina y de desconfianza que debía dar lugar á tristísimos resultados.

CAPÍTULO IV

Montjuich

I

No cabe negar que Campoverde hizo lo posible por justificar su elevación al supremo mando militar de Cataluña. No le faltaron, pues, buenos deseos, aunque no siempre el éxito correspondiera á las esperanzas. Así fué como á raíz de la reunión del malhadado Congreso catalán, y deseoso de dar muestras de iniciativa, organizó una expedición, puesta al mando del bravo brigadier D. Juan Courten, cuyo objeto había de ser el recobro del fuerte del Coll de Balaguer.

La columna salió de Tarragona poseída del mayor entusiasmo, rompiéndose el fuego así que llegó á Cambrils, ocupado por buen golpe de franceses. Arrojáronlos de allí los nuestros y les dieron persecución hasta La Ampolla, ocasionándoles más de 400 bajas; pero el enemigo había cuidado de fortificarse bien en el conquistado castillo, cuya toma hubiera necesitado el empleo de un poderoso tren de sitio, y en su consecuencia, satisfechos con lo realizado, regresó Courten á la capital, conduciendo 400 prisioneros.

No podía demorarse ya más, en esto, la toma de Barcelona, bello ideal de casi todos los generales que se habían sucedido en el mando del ejército de Cataluña. Los vehementes deseos que sentían todos los naturales por el logro del suspirado recobro hacía aparecer como fácilmente hacedera la temeraria empresa, reforzándose tales ilusiones con las continuas seguridades que daban los barceloneses de que, en caso de intentarse la cosa, habría de verse coronada por el éxito más feliz, ya que se contaba absolutamente con todo lo menester.

Ello es que los barceloneses no cesaban de conspirar, conociendo Campoverde de todo lo que se trataba y convenía, pues afortunadamente aquellos buenos vecinos imaginaban mil medios para estar en comunicación con el ejército español, siempre con buen resultado. Harto tenían que hacer los franceses con vigilar dentro del recinto para atreverse á salir de las murallas. Las partidas tenían tan estrechamente sitiada á la guarnición de Barcelona que literalmente ni la dejaban respirar. Manso, aquel hombre extraordinario, parecía, con sus temibles cazadores, surgir de las entrañas de la tierra cuando menos se esperaba. Después de la famosa sorpresa de la Cruz Cubierta, de que hemos dado cuenta en otro *libro*, y antes de finir el año de 1810, había hecho prisioneros á 60 granaderos que se atrevieron á hacer una descubierta á corta distancia de las murallas de Barcelona, y á cada dos por tres bramaba de furor el general Maurice Mathieu con la noticia de que Manso se había apoderado de

algún centinela de las puertas. Aquellas continuas humillaciones infligidas por Manso al orgullo de los napoleónicos lanzaron á los generales franceses por caminos que jamás y de modo alguno hubieran debido imaginar en seguir, cual fué el tramar mil traidoras y cobardes asechanzas para quitar la vida al valiente guerrillero. No fueron tres ni cuatro, sino muchas más, las juntas de generales franceses en las que se pactó con asesinos el precio infame de una puñalada ó un trabucazo. Esto era dar armas á Manso para entregarse á sangrientas represalias; pero no era hombre el intrépido aparejador de Borredá para separarse ni un ápice de la más estrecha senda del honor.

Manso demostró, á los que no conocían otro medio de combatirle más que el asesinato, que él contaba con otros medios, retando altivamente al francés á demostrar en quién cabía más audacia. No mucho después de la caída de Tortosa y del fuerte del Coll de Balaguer, cuando toda Cataluña gemía por aquellas dos deplorables catástrofes, Manso, siempre animoso, jamás quebrantado, se situaba con su gente en los alrededores de Barcelona esperando la salida de una fuerte columna, y de tal modo la atacaba que los franceses se veían obligados á formar el cuadro en San Andrés de Palomar, emprendiendo en esta forma la retirada á Barcelona.

Bien se guardaron los franceses de salir á vengar la afrenta recibida; pero, rehaciéndose al cabo de muchos días (á fines de enero), atrevióse el general Maurice Mathieu á enviar en su persecución una brigada completa, con caballería y artillería; pero ¡oh dolor! no les resultó mejor esta vez que ninguna otra. La brigada, recibida por Manso con terrible fuego, tuvo que retroceder á Barcelona, imposibilitada de adelantar un paso.

Por tales motivos, pues, se comprende que no estuviese en manos del francés detener á los españoles portadores de pliegos, pues no había de aventurarse ningún batallón á hacer el servicio propio de *columnas volantes*. Al contrario, cuando los franceses tenían precisión de enviar un pliego importante de un puesto á otro, les era menester custodiar al pasapliegos con un verdadero ejército. Ocasión hubo en que para realizar aquel cometido, y precisamente por temor á Manso, «fué necesaria toda una división de 12,000 infantes, 800 caballos y 4 piezas de artillería» (histórico).

II

Así, pues, como íbamos diciendo, estaba muy animado Campoverde con las noticias que recibía de los patriotas de Barcelona, á cuyo frente estaba, para todos los trabajos de la conspiración, el comisario de guerra español D. Miguel Alcina.

El plan era facilísimo. Habíanse sobornado á varios oficiales de la guarnición de Montjuich. La fecha proyectada para la sorpresa era la noche de San José. Las fuerzas españolas se aproximarían al glacis del castillo, bajarían algunos soldados al foso, y desde el adarve se les arrojaría la llave de la puerta. La guardia estaría embriagada y no podría oponer resistencia. Todo resultaba liso y llano, y cuando llegase Mac-Donald, que se sabía iba camino de Barcelona, después de su entrevista con Suchet en Lérida, se encontraría con la plaza en poder de los españoles.

No se contentó con menos Campoverde que con reunir todo el ejército de Cataluña para dar el golpe, debiendo confluir en Martorell las tres divisiones de Courten, Eroles y Sarsfield. Allí se encontraron, en efecto, poniéndose Manso á la cabeza de la vanguardia, y saliendo del pueblo así que anochecía.

Eran tales las seguridades recibidas sobre *la compra de Montjuich* que no había nadie que abrigase la menor sospecha. Las noticias que aquel mismo día habían traído los confidentes enviados por los conspiradores de Barcelona no podían ser más favorables.

Avanzaba, pues, el ejército de Cataluña, siguiendo por las orillas del Llobregat. Los franceses lo ignoraban todo, por supuesto. Allá, á lo lejos, divisábase ya la mole de la gigantesca montaña. ¡Qué alegría al pensar que al despuntar la aurora vería-se ondear en lo alto del castillo la gloriosa enseña en hora funesta sustituída por la bandera tricolor! La sombra de su antiguo gobernador Alvarez de Castro, que no quería entregar el fuerte á los franceses á pesar de las órdenes de Ezpeleta, parecía surgir de las murallas y pedir venganza.

Era profunda la oscuridad; pero la esperanza iluminaba el camino que conducía al anhelado logro. Llega la vanguardia al pie de la montaña, y la columna, después de un corto descanso, empieza la subida, con Manso siempre al frente. El afán de

apoderarse de la fortaleza hace ligero el paso. Suben, suben siempre los soldados. Al llegar á la cumbre, algunos soldados se dejan deslizar en el camino cubierto y bajan al foso, mientras las tres divisiones van acabando de llegar. Oyese una voz, á la que responde otra desde una tronera. Resuena un ligero ruido: es que han arrojado desde arriba la llave de la puerta. ¡Montjuich por España!

Los nuestros se acercan á las murallas, confiados en hallarse en breve dentro de ellas. Negras masas se destacan alrededor del foso, cuando de pronto iluminase el espacio con cien antorchas y colosales hogueras y de todas las troneras salen torrentes de metralla y de lo alto del adarve llueve una granizada de balas que siembra la consternación y el estrago en nuestras filas.

Cunde el grito de *¡Traición!;* pero á la voz de los jefes rehácense al momento las filas y se emprende

...de todas las troneras salen torrentes de metralla...

la retirada en buen orden, mientras que las tropas del castillo y otras apostadas en la montaña atacan á los nuestros á favor de la iluminación del fuerte. Manso, convertido en león, defiéndese espada en mano; pero, lleno de heridas, cae al fin en tierra sin sentido.

Campoverde, ya en salvo, emprende el camino de Martorell. Síguele Courten, y forma Eroles en la retaguardia, escarmentando á los que tratan de perseguir á la columna en su retirada.

Tal fué el triste fin de aquella expedición, emprendida con mayores bríos que prudencia. Infames traidores fingieron una connivencia que no existía, abrigando el designio de llevar á los nuestros al degolladero. El confiado comisario de guerra D. Miguel Alcina, denunciado por los asquerosos falsarios que le habían engañado, fué pasado por las armas y duramente castigados los buenos patriotas que, como él, habían sido víctimas de la perfidia del francés.

Sin embargo, ni aun por eso decayó el entusiasmo catalán. No había de tardar mucho en resultar compensado con creces el malogro de la empresa contra Montjuich.

III

Si el fracaso de la tentativa contra Montjuich había producido poquísimo efecto en el ánimo de los buenos catalanes, en cambio era general la consternación ocasionada por la noticia que á no tardar cundió á manera que se inflama un reguero de pólvora. ¡Manso había muerto!

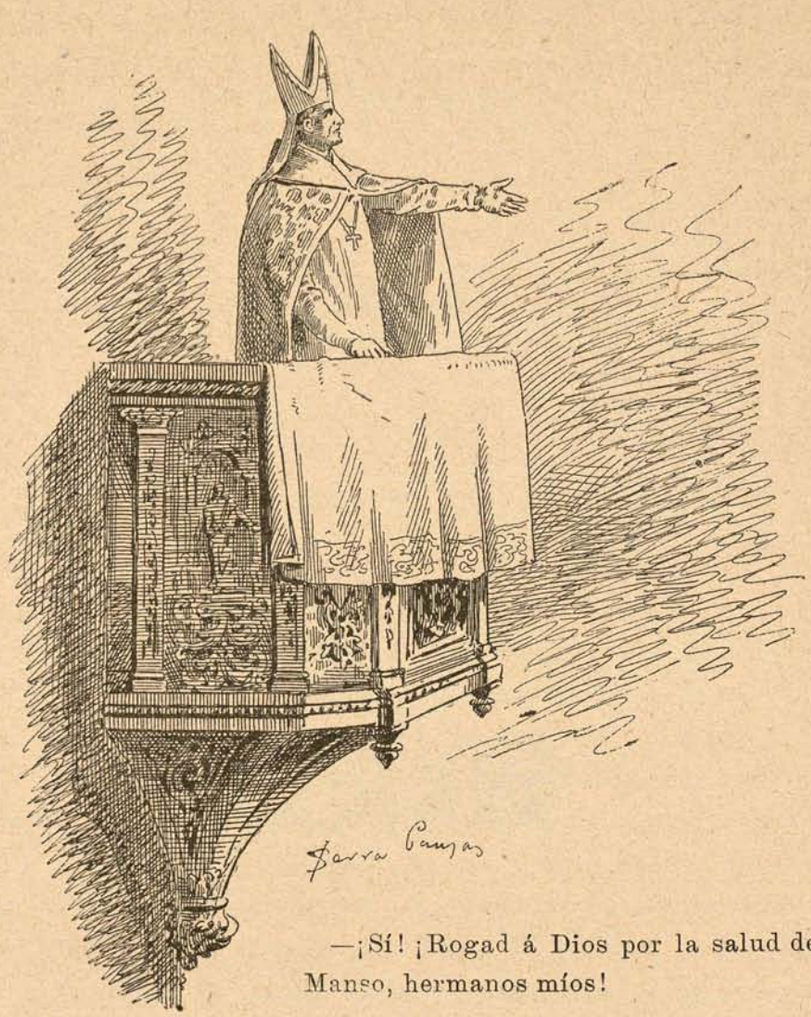
Verdad es que nadie podía decir quién lo había visto enterrar; pero el no tenerse noticias suyas de ningún género, después de haberse sabido que había resultado herido en la *engallinada* de Montjuich, era prueba evidente de que el héroe catalán no era ya de este mundo.

Así pasaron unos cuantos días. Nadie sabía nada,

ni los generales ni los cazadores de Hostalrich; pero, por sí ó por no, no hubo pueblo donde dejaran de rezársele padrenuestros y decirle misas.

No fué excepción á esta regla el pueblo de Ripoll, en la alta montaña de Cataluña, donde, como en todas partes, era indecible el sentimiento causado por el presunto fallecimiento de Manso. El pueblo acudía en tropel al románico monasterio de Santa María á encomendar á Dios el alma del valiente guerrillero, y había caído en desuso la canción del *Comte Arnau* para ceder el puesto á las coplas en honor del gran guerrillero terror de los franceses.

Gran concurrencia llenaba el suntuoso templo de



—¡Sí! ¡Rogad á Dios por la salud de Manso, hermanos míos!

Santa María un domingo, el último de marzo. Celebrábanse con majestuosa pompa los divinos oficios, y por un momento la devoción ocupó el puesto de las constantes preocupaciones sugeridas por el mal cariz que iban tomando las cosas, con Montjuich sin rescatar y con Manso de menos para continuar la guerra.

Cantóse la epístola, y, así que iba á entonarse el evangelio, vióse aparecer en el púlpito al reverendo abad, no sin vivísima sorpresa por parte del concurso.

—Amados hermanos,—exclamó el abad;—voy á pediros á todos un grandísimo favor, en nombre de Jesucristo, de la patria y de nuestro muy amado rey el señor D. Fernando VII. Sí, hermanos: voy á pediros que, puestos en Dios vuestros corazones, roguéis ahincadamente para que el Supremo Dispensador de todos los misericordiosos se digne concedernos el pronto restablecimiento del coronel don José Manso.

Un estremecimiento general, seguido de un sordo murmullo, interrumpió por un momento al predicador.

—¡Sí! ¡Rogad á Dios por la salud de Manso, hermanos míos! ¡La sombra de Wifredo parece levantarse y exigírnoslo! Hoy comenzaremos las rogativas, impetrando del Altísimo el señalado favor de que en breve pueda Manso ponerse á la cabeza de su hueste. ¡Catalanes, hermanos míos, Dios nos oirá! ¡Viva la religión! ¡Viva la patria! ¡Viva Manso!

Un viva atronador resonó bajo las bóvedas venerandas del antiguo monasterio.

¡Manso no habia muerto, pues! ¡Estaba en Ripoll!

¡Allí lo habían conducido los bravos que lo recogieron casi moribundo al pie de las murallas de Montjuich!

La noticia de que Manso vivía y de que en Ripoll se hacían rogativas por su pronto restablecimiento circuló al instante con igual prontitud que la falsa versión de su fallecimiento. Y toda Cataluña se estremeció de vívida alegría.

Manso representaba la esperanza, la certeza de acabar con los franceses. Mientras hubiese Manso se estaba seguro de que el francés no dominaría sino en el terreno que pisaba.

CAPÍTULO V

Manresa

I

Lugar sería este de entrar en profundas meditaciones sobre el cambio de fortuna de los hombres. Suchet, que en la guerra de Italia había merecido de Bonaparte el más deplorable concepto, hasta el punto de convertirse en enemigos personales, gozaba ahora de la más omnímoda confianza del emperador. Aquello de que tuviese sujetos á los aragoneses y de que hubiese tomado á Tortosa habíale parecido á Napoleón un colmo de pericia militar. De ahí que todo fuese ahora Suchet. El tirano sólo hacía caso de quien le servía con suerte.

El pobre Mac-Donald, pues, mariscal, duque y otras yerbas, hubo de apurar el cáliz de amargura de verse mandado por el ambicioso divisionario. Todo un *mariscal del Imperio* se encontraba á las órdenes de un soldado de fortuna, con sus pretensiones de escritor. Suchet tenía á su cargo ahora, no sólo el mando de Aragón y Valencia, sino también el de la *Cataluña Meridional* (estilo francés), no parando aquí la cosa, sino que estaba también á sus órdenes toda la parte activa del cuerpo de ejército del leal duque de Tarento. Dábasele á roer á éste el hueso de conservar á Barcelona y de apoderarse de algunas plazas de la *Cataluña del Norte*, como eran la Seo, Berga, Cardona, amén de la montaña de Montserrat, mientras que á Suchet se le encargaba nada menos que la toma de Tarragona.

Ya sabemos que Mac-Donald y Suchet (por orden jerárquico), ó Suchet y Mac-Donald (por orden de importancia), se vieron en Lérida. En cumplimiento, pues, de las órdenes del antiguo héroe de Arcola, quedóse Suchet con 17,000 hombres del ejército del de Tarento y con el proconsulado de la *Catalogne Meridionale*, después de lo cual mandóle á Mac-Donald que se fuera á su insula de Barcelona.

Pero ¿cómo había de ir Mac-Donald á Barcelona? ¿Con su escolta de cuarenta ó cincuenta lanceros? La cosa era imposible. Así, Suchet, á fin de quitarse de delante al mariscal, hizo el sacrificio de disponer que le acompañaran, hasta dejarle en la ciudad condal al digno gobernador de la *Catalogne du Nord*, 9,000 infantes y 700 caballos, á las órdenes de Harispe, *suchetista* hasta la pared de enfrente.

En fin, salieron Mac-Donald y Harispe de Lérida el 30 de marzo y tomaron por el camino de Manresa, á vista de la cual ciudad llegaron el mismo día, acampando en las alturas de la Culla, á uncuarto de legua de la fabril y próspera ciudad.

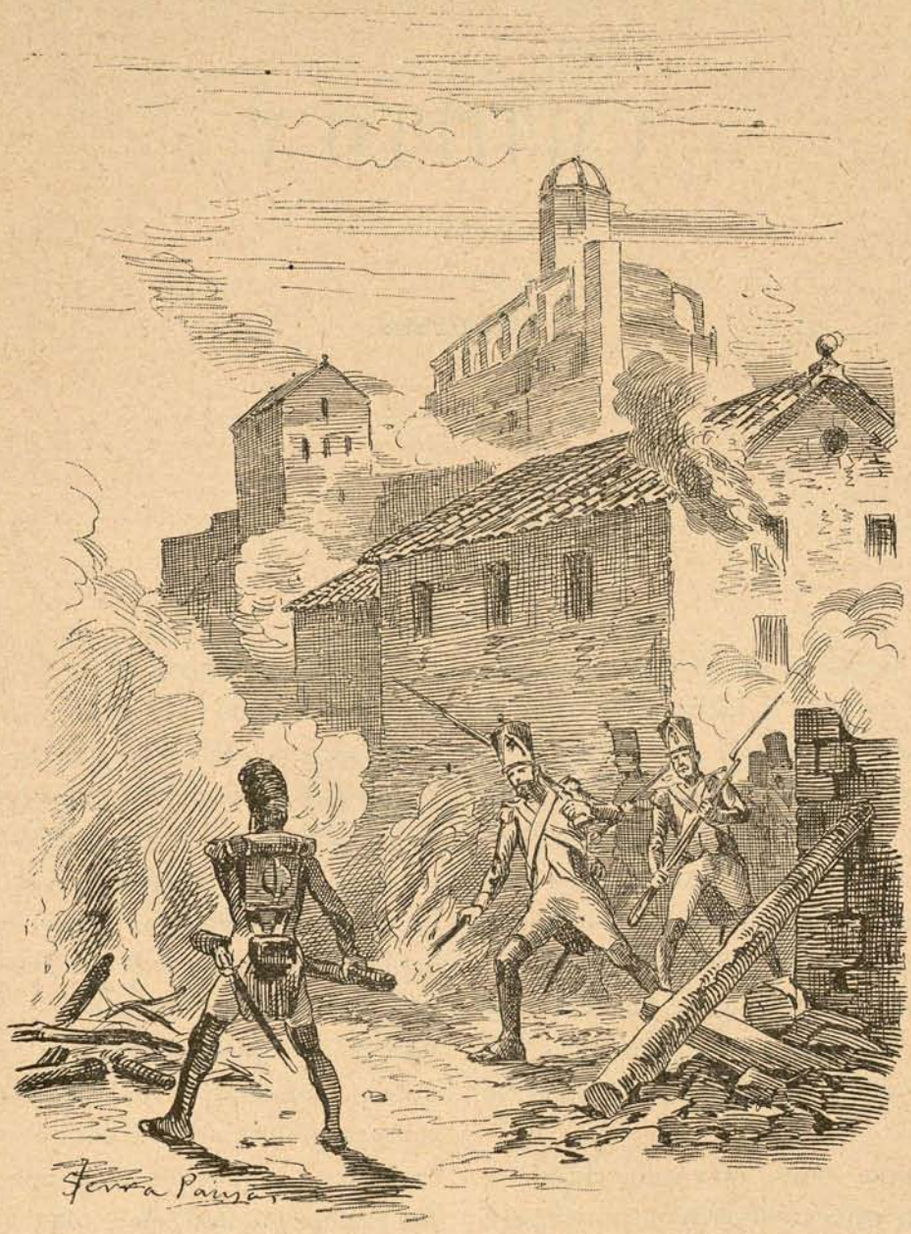
Iban á la zaga del francés el valiente Sarsfield y el intrépido Eroles (dos héroes sin *pero* durante la guerra de la Independencia, pero execrables *servi-*

les años después). Habíanse reunido ambos caudillos la misma noche del 30 á una legua del campo francés, y disponíanse á darles una sorpresa á los gabachos, cuando de pronto hubo de sorprenderles dolorosamente el espectáculo que ante sus ojos se ofrecía.

II

El francés se había cubierto de infamia, de vergüenza, de ignominia.

Al anuncio de la aproximación de los gabachos, los manresanos, sobradamente edificados sobre los



...entregáronse... al heroico oficio de saqueadores é incendiarios...

procederes de los napoleónicos, habían abandonado en su mayoría su ciudad. No había, pues, quien opusiera resistencia.

Una vez convencidos los generales Harispe y Salme de que se podía entrar impunemente en la población, enviaron contra ella á su gente, que, naturalmente, se cubrió *de gloria* con aquel *terrible* asalto, realizado á favor de las sombras de la noche.

Ya dentro de Manresa, indefensa, entregáronse los vencedores de Jena y Austerlitz al heroico oficio de saqueadores é incendiarios, á la noble profesión de asesinos y secuestradores. Sin que nadie pudiese oponerse á su proeza, pegaron fuego á 800 casas, que quedaron reducidas á pavesas. La casa de Huérfanas ardió como una antorcha, ardieron dos fábricas de hilados de algodón, otras de velos, de galones y otros géneros, y para colmo de valentía fuéronse los franceses á los hospitales con el generoso ánimo de llevarse á los heridos á su campamento de la Culla.

¡La vergüenza no podía ser mayor!

El médico D. José Soler, á la vista de tal ferocidad, había agotado todas las frases despreciativas é indignadas de la lengua francesa, sin que se conmovieran los corazones de aquellos desalmados, hasta que, por fin, hubieron de decirle que se las hubiera con *le général Salme.*

Soler fuése corriendo hacia donde le indicaron que estaba el tal señor, jefe de una brigada de la división Harispe, y, encarándose con él, recordóle en enérgicos términos el convenio concertado entre Reding y Saint-Cyr respecto á los heridos; convenio escrupulosísimamente observado por los nuestros, que con hidalguía sin igual antes atendían en los

...á los últimos enfermos que eran arrastrados al campamento francés...

hospitales á los heridos franceses que á los españoles (1). Salme le contestó que no podía contener el *justo* furor de sus soldados, y, avergonzado, mandó soltar á los últimos enfermos que eran arrastrados al campamento francés para ser arcabuceados.

Los franceses podían darse por satisfechos: habían reducido á pavesas la mayor parte de Manresa. Una inmensa hoguera señalaba á lo lejos el sitio que ocupaba la población. Templos, fábricas, casas, todo ardía en la ciudad inerme y desamparada. Los manresanos, refugiados en las inmediatas montañas, presenciaban con ojos enjutos y rabia en el corazón la destrucción de sus hogares, la ruina de su hacienda, la cobarde venganza de su enemigo, que se atrevía con ellos á lo que no pudo atreverse con Gerona.

Eroles y Sarsfield, más indignados que consternados por aquella imperdonable fechoría, habláronse rápidamente y decidieron mostrarse sin misericordia con aquella horda de bandidos. La gente ardía en furiosas ansias de venganza, y, por si no bastara, los terribles conjuros de los manresanos que habían acudido al campamento español aumentaban aún la ira espantosa que ardía en los pe-

(1) «Según un convenio concluído entre los generales franceses y españoles en Cataluña, los heridos y enfermos habían sido puestos recíprocamente bajo la protección de las autoridades locales, y tenían la facultad, después de su curación, de incorporarse á sus cuerpos respectivos. En Valls, donde vimos muchos militares franceses é italianos heridos, nos convencimos de la fidelidad con que los españoles ejecutaban este convenio.» *(Memorias del mariscal Suchet*, t. II, cap., II, pág. 19 En francés.)

chos de los valientes guerrilleros y no menos valientes soldados españoles, distinguiéndose en especial el ilustre D. José María Torrijos, coronel á las órdenes de Eroles y futura víctima de Fernando VII. Torrijos, que había conseguido fugarse del depósito en que yacía prisionero, demostraba con su indignación sin límites la grande alma que se encerraba en aquella varonil figura.

III

Esperaron Eroles y Sarsfield, emboscados en la carretera, á que desfilara la retaguardia de la división-escolta de Mac-Donald, testigo impasible de los horrores de Manresa, y cerraron contra ellos como furiosas panteras.

Formaba dicha retaguardia la brigada italiana de Palombini, y cara, atrozmente cara, pagó la salvajada de Manresa. Al incontrastable ataque de los batallones de Sarsfield caían como espigas bajo la hoz del segador filas y filas de napoleónicos incendiarios, no hartándose los nuestros de derramar sangre. Toda la división acudió en auxilio de los destrozados napolitanos, y por un momento pudieron rehacerse los de Mac-Donald; pero acudió entonces Eroles, y fué de ver las proezas de Torrijos y su gente, que no se detuvieron hasta que les faltaron fuerzas para continuar el escarmiento tremendo. La brigada Palombini había sido arrollada.

Mac-Donald, lívido de coraje, trató de continuar la marcha, dejando un rastro inmenso de muertos y heridos; pero no contaba con que un hecho tan abominable como lo de Manresa había de hacer levantar contra él hasta las piedras de Cataluña, y, así, cuando, á fuerza de talento y de valor, hubo podido continuar la marcha como quien se bate en retirada, hubo de aguantar, al llegar al *Coll de David*, una nueva ferocísima embestida de las tropas de Montserrat, al mando del coronel Fernández Villamil. Aquellas pocas leguas de Manresa á Barcelona eran para los franceses miles de leguas de infierno.

Por fin pudo el duque de Tarento salir de tan terribles pasos y llegar á la capital con 1,000 hombres de menos y 600 heridos en las parihuelas.

Con unas cuantas expediciones como aquella, Harispe tenía que volverse *solo* á presentarse á su superior, M. Eugenio Suchet. En cuanto á Mac-Donald, respiró, sin duda, á sus anchas, al verse dentro del resguardo de las murallas de Barcelona. El mariscal no era hombre para hacer aquella clase de guerras, en las que no entendía palotada.

IV

El furor de los catalanes, sabedores de los horrorosos crímenes de Manresa, no reconocía límites, y no fué de extrañar, por lo tanto, que tuvieran que deplorarse tremendas venganzas, especialmente por parte de los manresanos. La sangre pide sangre, y ante un atentado como aquel, cometido contra una ciudad indefensa y desamparada, no cabía disculpa ni misericordia. La guerra tomó, pues, un carácter sanguinario que no había tenido nunca: no se daba cuartel al francés.

Una vez instalado Mac-Donald en Barcelona, y repuestas un tanto las tropas de Harispe, salió éste para Lérida, tomando por Villafranca y Montblanch, viéndose inquietado durante todo el camino por un enemigo implacable, que parecía seguir como impalpable sombra á la columna.

En efecto: cuando todos daban por muerto á Manso, el gran caudillo aparecía de nuevo en la guerra, restablecido ya de las heridas recibidas en el glacis de Montjuich. Harispe, que no conocía aún el género de bromas que gastaba Manso, pudo enterarle á Suchet, que no necesitó más para que desbordara el odio africano que profesaba al insigne guerrillero de Borredá.

Campoverde, en vista de lo de Manresa, había expedido un bando que acababa así:

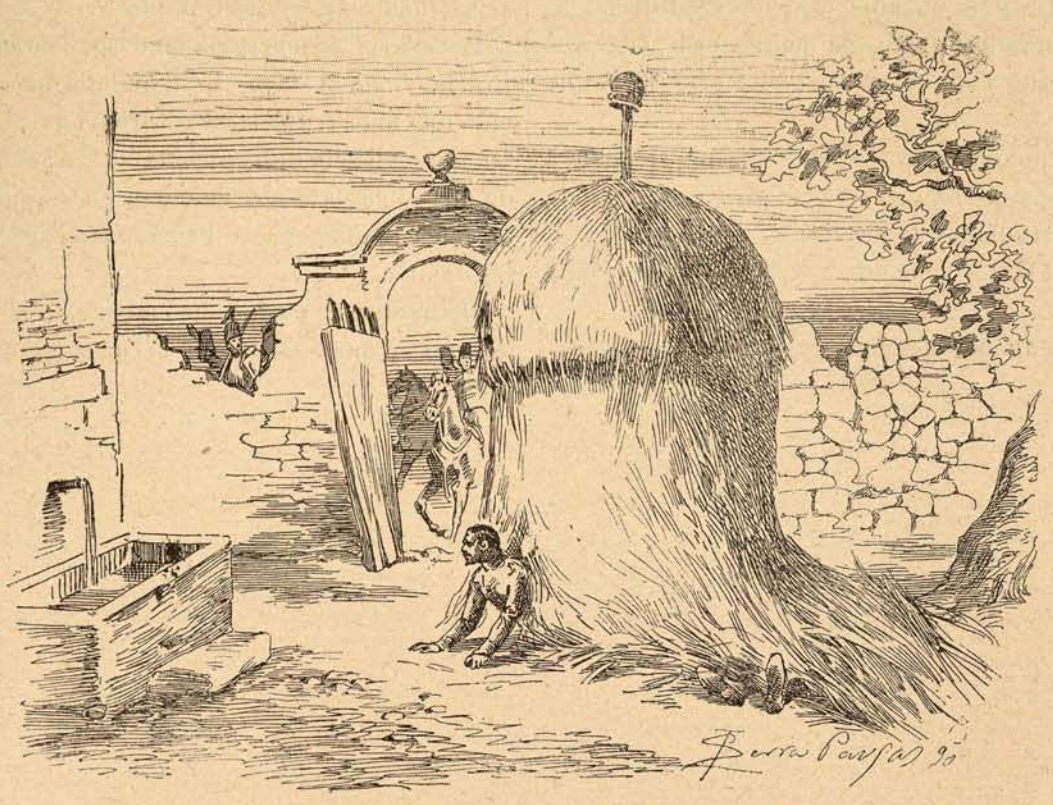
«Doy orden á las divisiones y partidas de gente armada mandándoles que no den cuartel á ningún individuo, de cualquier clase que sea, del ejército francés que aprehendan dentro ó á la inmediación de un pueblo que haya sufrido el saqueo, el incendio ó asesinato de sus vecinos... y adoptaré y estableceré por sistema en mi ejército el justo derecho de represalia en toda su extensión.»

No era menester más para acabar de embravecer al catalán, harto sanguinario desde lo de Manresa. La guerra tomó un carácter horroroso. Hacíase imposible el tránsito de las más fuertes columnas francesas de un punto á otro; hacíase peligroso salir de los cuarteles; hacíase peligroso hasta... comer y beber. ¡Desgraciado del que se apartaba de las filas ó quedaba rezagado!

Y empezaron las deserciones del campo imperial. Aquella vida pasada en un continuo temor era desesperada, y cada día habían de registrarse bajas por desaparición en las guarniciones de Lérida, de Gerona, de Hostalrich, de Bañolas, de Palamós, de Rosas. Nunca habían pululado tantas partidas, nunca se habían levantado tantos somatenes. El abatimiento que ocasionaran la entrega de Tortosa y el fracaso de Montjuich habían sido reemplazados por el furor causado por la quema de Manresa. Cataluña despertaba. Sabíase que Manso no había muerto.

V

Entre los que peleaban á las órdenes de Eroles hallábase aquel antiguo conocido nuestro, el tenien-



—¡Atención!—murmuró Pedrarias á su gente

te Pedrarias, siempre amado de su tierna enamorada de Gerona, la triste huérfana de D. Félix Folch.

Habíase encontrado el joven en el terrible alcance dado por Eroles y Sarsfield á Mac-Donald en su sangrienta etapa de Manresa á Barcelona, y, poseído de violenta cólera, había pedido permiso á su general para aventurarse con algunos hombres en seguimiento de la columna francesa.

Eroles se lo había permitido, fiado en el conocimiento que Pedrarias tenía del país.

Adelantándose él y su gente, á campo traviesa, á la columna de Harispe, habíanse escondido en unos pajares que había junto al camino, en una era de un *mas* ó alquería entre Monistrol y Sardanyola.

No tardó en oirse el rumor de la columna que se acercaba. Los franceses marchaban silenciosamente, interrumpiendo tan sólo el acompasado pisoteo algún gemido ahogado, algún juramento pronunciado con rabiosa entonación.

Pedrarias, con el cuerpo fuera del pajar, escuchaba con honda atención.

La columna caminaba precipitadamente.

Oyóse después el pataleo de los caballos.

—¡Atención!—murmuró Pedrarias á su gente.

Largo rato duró el rumor que ocasionaban los regimientos de caballería, hasta que por fin fué haciéndose más interrumpido.

—¡Salid!—repuso el teniente.

La gente salió de su escondite.

Eran cinco catalanes armados de trabucos.

—¡Seguidme!

Pedrarias y sus cinco compañeros se colocaron

detrás de la cerca que rodeaba el *mas*, inmóviles y silenciosos como estatuas.

El teniente, encaramándose entonces hasta la almohadilla de la pared, miró á ambos lados y vió á retaguardia algunos carros custodiados por diez ó doce jinetes.

—¡Fuera!—gritó.—¡Tirad á los lanceros!

Los cinco hombres y Pedrarias se precipitaron en la carretera, y un instante después ensordecía los aires una terrible descarga de trabucos, mientras que Pedrarias mataba de un pistoletazo á uno de los lanceros.

Los que no cayeron huyeron á escape, dejando á seis compañeros suyos revolcándose en un lago de sangre, acribillados de heridas.

—¡Subid en los caballos, y á Monistrol á campo traviesa!

Un momento después cada guerrillero estaba convertido en jinete de un caballo francés, y los seis españoles atravesaban como una exhalación por entre los viñedos, desapareciendo en breve en la espesura de los bosques.

Al reunirse de nuevo con los suyos, que se hallaban en Montserrat, hubo de felicitarles Eroles á Pedrarias y á sus cinco *trabucaires* por la brillante proeza llevada á cabo, de la cual respondían los seis caballos marcados con una *N*.

Pocos días después, hallándose en Cervera con Eroles, y cuando la gente se hallaba más embravecida que nunca, recibía Pedrarias una carta de Antonieta en que le daba cuenta de ciertos propósitos de que se hablaba secretamente en Gerona, pero de tal índole que apenas si Pedrarias se atrevía á darles crédito.

¡No habían de tardar, sin embargo, los acontecimientos en darle razón á la hermosa gerundense!

CAPÍTULO VI

Figueras

I

Nunca había decaído en el Ampurdán la bravura con que aquellos valientes naturales combatían al francés. Traidoramente caído en su poder el castillo de Figueras cuando el emperador Napoleón se vendía por amigo nuestro, mientras meditaba loca, ó, por mejor decir, imbécilmente en someternos á su yugo, los hijos del Ampurdán no habían podido conformarse nunca con aquel *hecho consumado* y ansiaban de continuo el rescate de la poderosa plaza de guerra, francesa por una vil artimaña, no por leal conquista.

Ardía el Ampurdán en innumerables guerrillas que tenían aterrorizado al enemigo. En ninguna parte de Cataluña había tantas, mandadas por bizarrísimos caudillos. Allí campeaban Fábregas, Llovera, Milans, Clarós, liberales todos ellos, denodados, temerarios. Sólo en el Ampurdán podía tramarse lo que vamos á ver ahora.

El odio contra el francés era tanto mayor en cuanto continuaba de gobernador del castillo de Figueras aquel M. Guillot, verdugo de Alvarez, de quien tuvimos ocasión de hablar al referir el martirio del héroe inmortal y sempiterno de Gerona. La presencia de aquel hombre era un reto continuo á toda alma catalana.

Un generosísimo estímulo en vista del fracaso de la tentativa contra Montjuich había, por otra parte, enardecido los ánimos de algunos buenos patriotas de Figueras, ávidos de devolver á la patria la fortaleza arteramente sorprendida por Bonaparte.

La cosa fué así: el guarda-almacén del castillo, M. Boucher, tenía un criado llamado Juan Marqués, que no sin su cuenta y razón se había avenido á servir á aquel gabacho. Para un patriota que anhela recobrar el castillo de Figueras siempre es bueno tener metido un pie adentro.

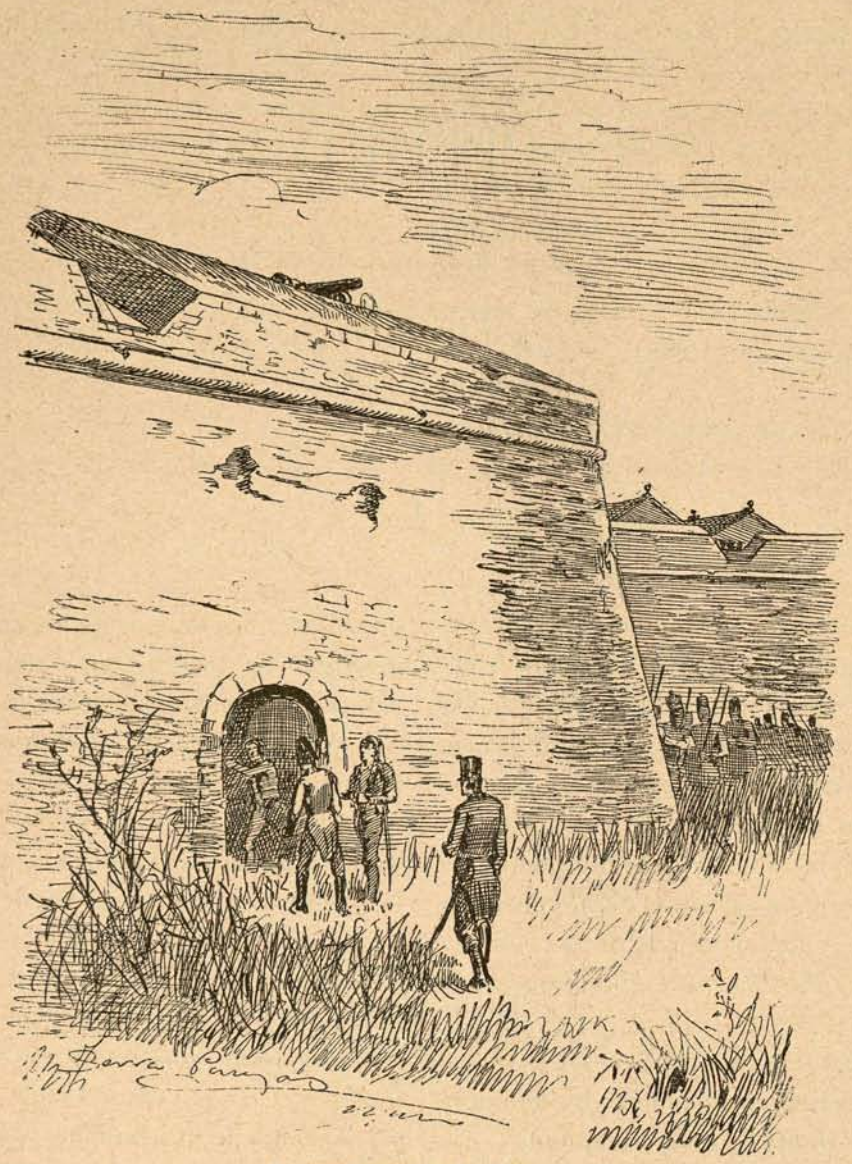
Era Juan Marqués amigo de un estudiante llamado Juan Floreta, y no tenía nada de particular que este Juan Floreta lo fuese de un bizarro capitán llamado D. Juan Casas. Este, por medio de Floreta y por medio de dos cuñados de Marqués llamados Pedro y Ginés Pou, supo arreglárselas con el digno criado del guarda-almacén para que le sacara en cera el molde de la llave de la poterna.

Ya tenemos á Casas, que se hallaba en Olot, en tratos con un cerrajero para que le construyera una llave como la del molde; ya tenemos la llave hecha. Casas le entera de la rica adquisición al brigadier Rovira, presbítero, y éste lo pone en conocimiento del general marqués de Campoverde, que, naturalmente, no cabe en sí de alegría ante la idea de poder llevar á cabo una empresa tan digna de loor.

Campoverde dispuso al momento lo necesario para el buen éxito de la atrevida tentativa, encargando

de su realización á los brigadieres Martínez y Rovira, mientras que el barón de Eroles se acercaría al Ampurdán para coadyuvar al logro del intento.

Nada más hábilmente estratégico que la marcha de Rovira y de Martínez. El sábado de Ramos, 6 de abril, salieron los dos brigadieres del pueblo del Esquirol al frente de 500 hombres, y se enderezaron hacia Ridaura. Aquí se les incorporaron otros 500 catalanes, y el lunes llegaban á Oix simulando que iban á invadir el territorio francés. Siguiendo



Ya está metida la llave...

siempre por la frontera, estuvieron en Sardenas y en Llerona, ocasionando el mayor pánico en los pueblos de la raya, que ya se veían entrados por los tremendos guerrilleros españoles. El mediodía del 9, hallándose en Llerona, estalló una fuerte tormenta, y á su favor salieron rápidamente del pueblo. Dando media vuelta á la derecha, encamináronse á Vilaritg, población á 3 leguas de Figueras, empinada en lo alto de un terreno quebradísimo. Ocultóse la columna en un bosque, y cuando las sombras de la noche comenzaron á envolver con su manto aquella fragosa tierra mandó formar D. Francisco Rovira, y en enérgicas y breves frases en catalán hizo sabedora á la gente del empeño á que se había comprometido.

Ni una voz turbó el silencio que siguió á la arenga del brigadier; pero el rumor de las armas y un sordo susurro escapado de los labios de aquellos denodados combatientes fué elocuente contestación afirmativa.

Siempre en medio de la oscuridad y el silencio, organizóse la columna. Iba á vanguardia, al frente

de 375 hombres, el capitán Casas, práctico en el país, y con él Llobera y Trasaira, teniente coronel y capitán respectivamente.

Avanza la vanguardia con maravilloso mutismo. Ya saben los catalanes lo que puede esperarles si el plan no cuaja: dentro del castillo hay 600 franceses y en la villa 700. Sube Casas con sus trescientos héroes por la esplanada frente del hornabeque de San Zenón. La gente lleva enfundadas las armas para que no relumbren, y adelanta agachado todo el mundo.

Métese Casas por el camino cubierto, baja al foso, acércase á la puerta de la poterna. Ya está metida la llave, bien untada para que no rechine. La puerta cede. Casas tiene que contener un grito. ¡Ya está dentro! ¡Ya están dentro Llobera, Trasaira, Bo! ¡Ya está dentro la cabeza de la vanguardia!

Hállanse en unos vastos y oscurísimos almacenes. Enciéndense algunas linternas sordas. Las alpargatas no meten ruido.

Los primeros que salen al patio lánzanse á sorprender á la guardia de la puerta principal, mientras que va entrando por la poterna el resto de la vanguardia. En breve nuestros héroes coronan los adarves de la fortaleza, y, semejante al estrépito fragoroso de una tempestad, estalla de pronto formidable estruendo de tambores y cornetas, voces de mando, imprecaciones, amenazas y gritos de venganza.

Cree el francés que han penetrado en el castillo los ejércitos de Jerjes ó una legión quizás de demonios coronados. Trasaira se apodera con unos cuantos hombres del cuartel principal, Llobera le echa mano al gobernador en su mismo cuarto, Bo se hace dueño del parque de artillería. El castillo se rinde. Trescientos hombres lo han rendido.

Al grito de *¡Victoria!* penetran en la fortaleza Martínez y Rovira, [illegible] caballos, seis
e reales é inmensa cantidad de municio-
a y guerra.
proeza, que raya en los límites de lo por-
é debida pura y simplemente al patrio-
nos cuantos hijos del pueblo, que demos-
cuán vanas suelen resultar á veces las
de los grandes capitanes. Una fortaleza
ble podía caer en poder de 300 miguele-
por habérsele ocurrido á un oscuro ser-
ıay otras maneras de entrar en un casti-
uerza de cañonazos. Ya lo dijo el poeta:
rtuna juvat.

II

amarilla en los baluartes del castillo de San Fernando. Aquella toma nos costó tan sólo un muerto y dos heridos. El botín fué espléndido: además de los 600 prisioneros, hallóse allí un material de 350 cañones, 30,000 fusiles, 20,000 vestuarios, 400 caballos, seis millones de reales é inmensa cantidad de municiones de boca y guerra.

Aquella proeza, que raya en los límites de lo portentoso, fué debida pura y simplemente al patriotismo de unos cuantos hijos del pueblo, que demostraron así cuán vanas suelen resultar á veces las sabidurías de los grandes capitanes. Una fortaleza inexpugnable podía caer en poder de 300 migueletes tan sólo por habérsele ocurrido á un oscuro servidor que hay otras maneras de entrar en un castillo que á fuerza de cañonazos. Ya lo dijo el poeta: *audaces fortuna juvat.*

II

Cumpliendo el valeroso é inteligentísimo barón de Eroles (á quien sus malhadadas aficiones absolutistas tan triste papel le hicieron desempeñar más adelante) las instrucciones del marqués de Campoverde, salió el 9 de Martorell, enderezándose al Ampurdán. Conocedor del país como pocos, dióse el barón tan buena maña que el 12 tomaba los fuertes que los franceses ocupaban en Olot y Castellfullit, haciéndoles 548 prisioneros, y el 16 entraba victorioso en Figueras, después de haberse dado el placer de aniquilar en la sierra de Puigventós á un regimiento imperial. ¡Terrible hombre era el barón, en quien todo, hasta su figura gigantesca, se avenía para hacer de él un héroe popular!

Mala era la situación del francés por aquellas partes. Mandaba allí el general Baraguay d'Hilliers, y, como forzosa resolución, después de la deplorable

plan no cuaja: dentro del castillo hay 600 franceses y en la villa 700. Sube Casas con sus trescientos héroes por la esplanada frente del hornabeque de San Zenón. La gente lleva enfundadas las armas para que no relumbren, y adelanta agachado todo el mundo.

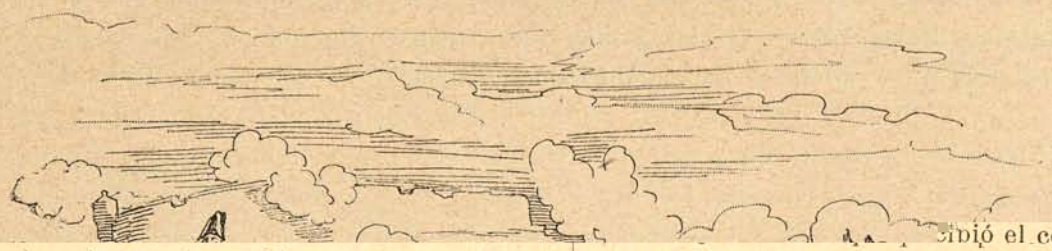
Métese Casas por el camino cubierto, baja al foso, acércase á la puerta de la poterna. Ya está metida la llave, bien untada para que no rechine. La puerta cede. Casas tiene que contener un grito. ¡Ya está dentro! ¡Ya están dentro Llobera, Trasaira, Bo! ¡Ya está dentro la cabeza de la vanguardia!

Hállanse en unos vastos y oscurísimos almacenes. Enciéndense algunas linternas sordas. Las alpargatas no meten ruido.

millones d
nes de boc
Aquella
tentoso, fu
tismo de u
traron así
sabidurías
inexpugna
tes tan sól
vidor que
llo que á f
audaces fo

Baraguay d'Hilliers, profundamente preocupado, comprendió la extremadísima urgencia de intentar el recobro de la plaza. Mandó, pues, reconcentrar todas las fuerzas de su mando; ordenó á Quesnel, que se hallaba en vísperas de poner sitio á la Seo de Urgel, que se dejara de aquello y se le incorporase en seguida; y, por último, mandó se pusiese en camino para reunirse á sus tropas la guardia nacional de los pueblos franceses fronterizos, que, en efecto, se llamó andana.

Azorado á su vez Mac-Donald, escribióle al amigo Suchet desde Barcelona, con fecha 16 de abril, «que el servicio del emperador, imperiosamente y sin dilación, exigía los más prontos socorros, pues de



...cibió el cerco de Tarr... ...mineuntaentesenteramiradeterminar Tarra- | gona el 2 de mayo de 1811.

CAPITULO VII

Tarragona

I

Por el rápido relato que en los anteriores capítulos dejamos hecho de la historia de la guerra en el principado de Cataluña se comprenderá hasta qué punto había llegado la exaltación de los ánimos por una y otra parte. El francés era, en verdad, dueño de todas las plazas fuertes, menos de Tarragona; pero eso en nada lograba disminuir el entusiasmo ni la bravura de los catalanes, resueltos á perecer en la demanda antes que dejar de hacer guerra á muerte al invasor.

Quedaba viva en Cataluña la memoria de los agravios recibidos del francés: su falsía é ingratitud en las alteraciones del tiempo del Conde-Duque y la ferocidad con que se había portado en la guerra de Sucesión. La aversión á todo francés era general: se había mamado con la leche de la madre y seguía perpetuándose en las tradiciones de familia.

Por lo demás, le importaba mucho al enemigo apoderarse de la antigua capital romana, base entonces de las operaciones de toda Cataluña y plaza marítima, difícil, por lo tanto, de ser bloqueada sencillamente.

Formaba en aquella época Tarragona un paralelógramo bastante regular. Asentada en lo alto de una colina, bésala el mar por levante y mediodía y riega su parte occidental el río Francolí, al cual se baja por un suave declive que forma contraste con lo escarpado de la costa. Rodeábala una muralla singular, *ciclópea* en su basamento, romana en algunas partes é ibérica en otras hasta cerca del parapeto, y moderna en su parte superior, habiendo varios lienzos en que subsisten aún algunas almenas árabes. Destruídas estas murallas por el lado de levante en tiempo de la guerra de Sucesión, fueron reemplazadas mediante un ancho terraplén, guarnecido con cuatro baluartes, llamados respectivamente, de E. á O., de *Cervantes*, *Jesús*, *San Juan* y *San Pablo*. Entre este terraplén y el mar había un arrabal, que, creciendo con los años, forma hoy la parte baja ó *puerto* de la ciudad, y al objeto de resguardarlo construyóse otra línea de fortificaciones, que, empezando en el baluarte de San Pablo, al extremo O. de la muralla del E., terminaba en el fuerte de Francolí, junto á la desembocadura del río, constituyendo así una larga prolongación de la muralla del Norte, que era doble con una falsa braga. Cubrían también esta nueva línea varios baluartes, dos lunetas, una batería y dos cortaduras. En lo interior de este segundo recinto construyóse un fuerte llamado *Real*, cuadrado y abaluartado, en situación á propósito para dominar la campiña y el mar.

Al N. de la ciudad levántanse varias colinas, ári-

das y peñascosas, coronadas entonces de fuertes y reductos. La más cercana estaba defendida por el fuerte del Olivo, y las dos más á levante por los reductos del Lorito y de los Ermitaños, nombre de los respectivos cerros.

De estas obras, la más importante era el fuerte del Olivo, á 400 toesas de la ciudad, construído en forma de hornabeque irregular, con fosos únicamente por el frente y camino cubierto, aunque no acabado. Dentro, y en lo más elevado, había un reducto con un caballero y dos rastrillos del lado de la gola, siendo más de contar para su defensa con la protección de los fuegos de la plaza y la aspereza del terreno que con la solidez de la fortificación.

II

Al presentarse Suchet el día 2 de mayo distaba mucho la plaza de contar con el número de defensores que era necesario. En efecto: para ser regularmente defendida necesitaba Tarragona 14,000 hombres, y sólo tenía al principiar el sitio 6,000 escasos. Contaba la ciudad unos 11,000 habitantes, formándose al punto con todos los hombres útiles dos batallones con dos compañías de artillería, componiendo un total de 1,200 milicianos.

Era gobernador de la plaza D. Juan Caro, señalado por la victoria alcanzada en Villafranca del Panadés.

La ciudad de Tarragona no había olvidado lo que debía á su gloriosa historia. Había sido siempre su lema la fidelidad, y todos sus habitantes decidieron ser fieles y leales hasta la muerte al trono y á la patria.

Si escasa en vecindario, era, en cambio, la capital, verdadero dechado de noble alteza de miras. Formaba el núcleo de sus habitantes una clase media de austeras costumbres, estando compuesta la clase popular de honrados agricultores y marinos. La aristocracia era numerosa y con muchos *peros*. Nunca había abdicado Tarragona su pasada preponderancia, y seguía conservando á lo menos una exquisita cultura en las costumbres y laudable gravedad en todos sus actos. Si no había seguido á otras poblaciones en la corriente del progreso material, mostrábase celosa guardadora de la antigua dignidad y pureza en los procedimientos y del tradicional carácter de sus restauradores, enérgico, desinteresado y tenaz. Era un pueblo poco aficionado á las ventajas materiales, poco amigo también de novedades, español antes que provincial, notable por la calidad de sus habitantes y la unión entre todos ellos. No preponderaba, como ha querido decirse, el elemento religioso, sino el elemento político. Los más patriotas eran los más considerados.

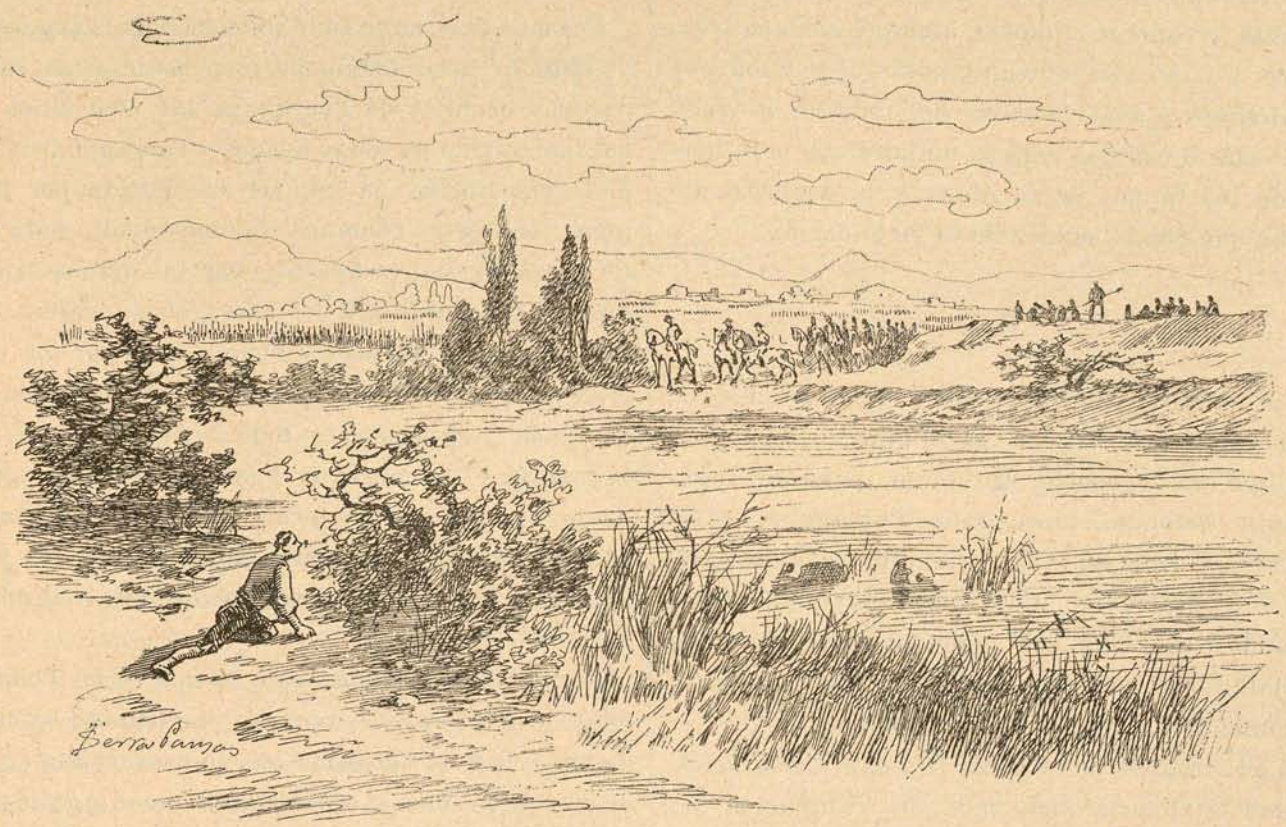
Sus murallas, cuya fundación desafía la sagacidad de cuantos arqueólogos quieren estudiarlas, recordaban á los hijos de Tarragona los cien sitios que habían sufrido en todas épocas. Tarragona, la ciudad prehistórica, la capital reedificada por Escipión, la corte romana, la metrópoli goda, la fortaleza árabe; combatida por las tribus troglodíticas, defendida por los aborígenes, asaltada por las hordas de francos y visigodos y por los ejércitos de Muza; la que estuvo al lado del príncipe de Viana y se mostró en todo tiempo partidaria de la justicia y enemiga de Francia, no podía menos de dar la más sublime prueba de su patriotismo, y se aprestó á la lucha pensando en Numancia y en Zaragoza, queriendo no ser menos que Sagunto y que Gerona.

Nadie faltó, del más alto al más bajo. Todos se mostraron unidos y resueltos, poniéndose entonces de manifiesto el heroísmo que se conservaba en los pechos de los descendientes de Roberto Aguiló y los que le acompañaron en la Reconquista.

Desde el comienzo de la guerra estaba convertida la ciudad en capital del Principado y en base de operaciones. Cuantos se albergaban en ella sentíanse poseídos de igual ansia y animados por idéntico deseo. Militares y paisanos, togados y plebeyos, sólo abrigaban un pensamiento único. Recibíanse allí noticias de toda España, siendo puerto de mar constantemente visitado por los barcos de guerra de España é Inglaterra, y así se supieron con dolor los sucesivos desastres experimentados en el Principado. Caídas Gerona, Lérida, Tortosa, Cardona, quedaban tan sólo Tarragona y Montserrat como puntos fuertes para resistir al invasor. Cada vez, empero, que se recibía la noticia de que se había perdido una plaza aumentaban los bríos de los tarraconenses para conservar la suya. El francés miraba con rencoroso encono tan porfiada resistencia, y estaba resuelto á aterrar á la ciudad si llegaba á caer en sus garras.

III

Mac-Donald y Suchet habían apelado á mil estratagemas para apoderarse de la capital. Habían prodigado el oro y las promesas en busca de traidores que les abrieran las puertas de la plaza; pero los traidores se habían estremecido al considerar el tremendo fin que les cabría en caso de malograrse su intento ó de ser descubierta su infamia y no se habían atrevido á nada. Aun estaba reciente la memoria de los alborotos contra Vives y la ejecución de la imagen del conde de Alacha. Parecía que el muerto Reding hubiese dejado en la ciudad su espíritu indómito y batallador abrasado en el más



...el ejército francés se encontraba al otro lado del río...

ardiente patriotismo. Reding, en efecto, que había sido el ídolo de la ciudad en vida, había dejado con su muerte el ejemplo que debían seguir todos los leales. Nada importaba la epidemia, ni la escasez de fuerzas, ni la falta de buenos generales. La ciudad resistiría en cumplimiento de lo que exigían sus tradiciones y su españolismo, resueltos todos sus defensores á perecer en la demanda antes que abrir las puertas á Suchet.

El día 3 de mayo el ejército francés se encontraba al otro lado del río, formando una dilatada línea. Desde las murallas veíanse relucir los cañones y brillar las bayonetas, semejantes á campos de aceradas espigas. Eran 20,000 hombres con numerosa caballería, extendida en larguísima hilera.

Tristeza causaba ver convertida en marcial campamento la bellísima vega en que estaba acampado el ejército enemigo. Aquel jardín de verdura y aquellas hermosas arboledas veíanse devastadas por el invasor, poseído de un afán de destrucción y estrago digno de hordas bárbaras.

Estaba ya concluída la muralla desde el baluarte de San Pablo hasta el fuerte de Francolí, junto éste á la orilla del mar y ladero á la desembocadura del río. Las obras habíanse llevado á cabo con sin igual presteza, y por todas las troneras asomaban sus bocas formidables cañones.

Soldados y milicianos sentíanse impacientes por romper el fuego; pero no pensaba todavía Suchet en disparar contra la plaza, sino en apoderarse antes de los fuertes que coronaban los cerros del norte y de levante.

Son por aquella parte los alrededores tan pinto-

rescos como melancólicos. Están las lomas cubiertas por romeros, tomillos y palmitos, que crecen en los intersticios de las rocas de que están formadas dichas eminencias. Desnudas de árboles y verduras, surcadas por pedregosos barrancos y torrenteras, áridas, enhiestas y peñascosas, parecen aquellas moles restos de monstruosos esqueletos petrificados. Desde sus alturas divísase el azul Mediterráneo, y las encantadoras playas comprendidas entre los numerosos cabos y promontorios en que está recortada la costa, desde Salou á Tamarit, forman graciosas ensenadas.

Asentada en lo más elevado de un cerro, domina la ciudad vastísimo panorama. A sus pies extiéndese en todos sentidos el mar inmenso; á poniente, el río y la feraz campiña llamada el *Campo*, ceñida por la elevada cordillera de Prades, de la que se destacan la enorme Mola, casi inaccesible, el Grau de la Teixeta y el Coll de Balaguer, junto al mar; por el oriente sigue la vista la carretera de Barcelona, que va ondulando contigua á la costa, hasta detenerse en la punta de la Mora, y por el norte limitan el paisaje los cerros coronados de fuertes de que antes hemos hablado. Compréndese, por lo tanto, que debe divisarse la ciudad desde lejanas distancias, dominando, como domina, tal extensión de tierra y mar; y así es, en efecto, contemplándose sus torres y murallas de muchas leguas á la redonda, y apareciendo como digna cabeza y centro del fértil campo de su nombre. Contemplada desde el río, vense sólo sus murallas; pero desde el mar aparece en anfiteatro, tan bello como majestuoso.

IV

Tan extensa línea de murallas, además de los fuertes exteriores, no contaba con suficiente número de defensores; pero nada bastó á hacer decaer la confianza en el triunfo, creyéndose que no dejarían de llegar auxilios teniendo libre el mar.

Estaban prestando el servicio de guarnición los suizos de Wimpfen, los regimientos de Almansa, Almería é Iberia y algunos batallones de granaderos provinciales y artilleros, compartiendo con ellos las fatigas la milicia ciudadana.

D. Juan Caro no era hombre que inspirase muchas simpatías; pero teníalas en cambio en alto grado el gobernador del fuerte del Olivo D. José María Gámez, y no menos el comandante D. Tadeo Aldea, pundonoroso militar probado en los sitios de Gerona y uno de los más resueltos defensores del castillo.

En ellos confiaban todos, bien ciertos de que sabrían cumplir con su deber y de que no les moverían bastardas ambiciones.

Porque, á la verdad, se murmuraba bastante acerca de piques y rencillas que ocurrían á cada instante entre los jefes de la plaza, y el pueblo no comprendía cómo, estando el enemigo en frente, no cesaba toda ojeriza para no pensar más que en defender la patria.

Así estaba la plaza al moverse el general Suchet el día 3 de mayo.

Ya veremos en el trascurso de esta obra cómo no tuvo remedio el mal que deploramos, cómo no tuvieron fin las disputas y desavenencias, cómo se esterilizaron los esfuerzos del paisanaje ante las incesantes malquerencias de que daban muestra unos jefes respecto á otros. Cambios inoportunos, murmuraciones mutuas y displicencia, tanto en los que mandaban como en los que obedecían, fueron grave obstáculo á que las cosas marcharan como debían. No cabe negar á nadie gran valor personal, abnegación y espíritu patriótico; pero ¿de qué servía todo si no existía la armonía necesaria entre las autoridades? Sea como fuere, esto no fué obstáculo á que la defensa fuese heroica. Lo que allí se hizo fué digno del pasado de aquella hermosa capital, y á lo menos, si la suerte no coronó los esfuerzos de los defensores, no les faltó gloria ni renombre.

CAPÍTULO VIII

Duos y tercetos

I

Suponemos que el lector no habrá echado en olvido á la rubia duquesa de Orgiva y á Antonio Albenza, refugiados en Tarragona desde fines del año 8 con ocasión de huir de la persecución así de los franceses como de Floridablanca.

Delicioso les había parecido aquel retiro, sin ocurrírsele ni por un momento la idea de abandonarlo. Antonio, íntimo amigo de Reding, se había encontrado con él en la batalla de Pont de Goy, llegando á ser en breve uno de los más queridos jefes de la milicia de Tarragona.

Leonor, que no había querido llevar por mucho tiempo el luto de la viudez, otorgó su blanca mano al pintor poco tiempo después de haberse establecido en la ciudad, aunque tratando de ocultar su noble alcurnia. Así es que la mayoría de las gentes conocíanles en un principio por *el pintor* y *la pintora;* si bien, ante la esplendidez que en todo revelaba el feliz matrimonio, les cambiaron al poco tiempo dicho nombre por el de *los condes*. ¡Y aun quedaban cortos!

¡Dichosa existencia la de aquellos dos seres, enteramente entregados uno al otro! Antonio había cumplido siempre como bueno sacrificando mil veces su vida; pero cada vez que volvía de una expedición le juraba á Leonor que aquella vez era la última que se exponía. La duquesa quedaba consolada, y no tardaba en sentirse orgullosa al ver que, ya Reding, ya el general O'Donnell, ora el Congreso, ora la Junta, se apresuraban á atestiguarle su alto aprecio llenándole de cruces y distinciones.

Al llegar la época del sitio, Antonio y la duquesa se sintieron arrastrados por el torbellino de la general exaltación que reinaba en la ciudad. Había sonado la hora de prueba, el instante solemne, el trance supremo de morir ó vencer.

Puede decirse que los dos esposos se habían naturalizado como hijos de la sitiada ciudad. No había devota más asidua de la Catedral que la duquesa; no había tampoco mayor admirador de los paisajes de Tarragona que Antonio. Anticipándose á nuestros contemporáneos, había pintado cien *marinas*, tomadas de las playas del *Milagro*, *la Arrabassada*, *la Sabinosa* y *torre de la Mora*. Había dibujado la *torre de los Escipiones*, el *puente del Diablo* y el *Lorito* como los dibujan hoy nuestros artistas. Había examinado con ardiente curiosidad los *muros ciclópeos,* subido infinidad de veces al torreón de Carlos V, asomádose á las almenas de la torre del Arzobispo y bajado en varias ocasiones al *pozo* labrado en peña viva que se encuentra en la plaza hoy llamada de la Fuente; pozo que mide 47 metros de profundidad, dividido en once pisos.

Gustábale discurrir con los sabios eclesiásticos y frailes, numerosos entonces, y visitaba con frecuencia á los mercenarios, descalzos, capuchinos y agustinos que moraban en la ciudad, encontrando en ellos grandes cualidades y sublimes sentimientos que le hacían considerar las órdenes monásticas bajo diferente aspecto del que había hasta entonces tomado por general y verdadero.

Era Antonio popular y querido, tanto por su entero carácter como por las pruebas de patriotismo que sin cesar y voluntariamente prodigaba, y era no menos ensalzada la duquesa, caritativa y franca como bella y distinguida. El pueblo reconoce siempre al que merece su favor, y por eso, al par que bendecía á la duquesa, tenía depositada toda su confianza en su marido.

Al formarse las compañías de artillería y los batallones de milicianos, Antonio Albenza fué nombrado capitán de una de las primeras.

No tardó en distinguirse aquella fuerza por la marcialidad y disciplina de los individuos que la componían, y Albenza pudo vanagloriarse de tener á sus órdenes un cuerpo verdaderamente escogido. Sus artilleros se ejercitaban diariamente en el tiro al blanco, y no tardaron en adquirir magnífica puntería, que había de dar más de un disgusto al francés.

Toda la compañía estaba uniformada, usando un vistoso traje parecido al de la artillería de la guardia real: morrión con penacho, chaqueta, pantalón y polainas.

El coronel de artillería D. Cayetano Saqueti había felicitado repetidas veces al bravo capitán, manifestándole que su gente era para dar envidia á los artilleros del ejército.

—Guarde V. para más tarde esos cumplidos,—le respondía Albenza.—Eso se verá cuando llegue la ocasión de obrar.

Y había seguido desde entonces mejorando en cuanto podía la organización de la fuerza que tenía á su mando.

II

Leonor y Antonio esquivaban siempre toda conversación acerca de Rosario.

La desesperación del hermano había sido infinita. Su corazón había recibido una herida profundísima, imposible de cicatrizarse jamás. Todo se lo hubiera perdonado Antonio á Rosario, menos aquello. Considerábala mil veces más culpable aún que lo que era en realidad, y, si alguna vez había Leonor querido interceder por la condesa de Latour-Duchesne, Antonio le había suplicado cesase en ocuparse más del asunto. Cuantas cartas había recibido Albenza de su hermana habían sido devueltas sin abrirlas. Su pasión más viva, después del amor á su esposa, era la de vengarse de la afrenta arrojada sobre su nombre, y esperaba con ansia ocasión de llevar á cabo el tremendo castigo que proyectaba. Dos años y medio habían trascurrido desde la fuga de Rosario y ni un solo día había dejado Antonio de pensar en la afrancesada, *caragirada*, como decía el enérgico lenguaje de la tierra.

Consolábase, empero, de la amargura que le causaba el proceder de Rosario, el noble patriotismo de Leonor. Esta sí que era una verdadera española, incapaz de abandonar por nada ni por nadie la santa causa de la nación. Leonor era, en efecto, la providencia de los heridos, el consuelo de los enfermos, el amparo de las viudas y los huérfanos. Aquella gran señora, aquella dama de tan admirable hermosura, estaba de continuo en los hospitales, en las viviendas de los pobres, semejante á una nueva Santa Isabel de Murillo. Cuando aparecía en la calle todos la saludaban, todos la aclamaban y bendecían, grandes y pequeños.

Desde que habían empezado las desgracias en Cataluña, cayendo, por culpa de sus miserables gobernadores, Lérida y Tortosa, la duquesa se había vestido de luto, sintiéndose herida en lo más vivo de su alma. Desde entonces no se la había vuelto á ver risueña y placentera, sino preocupada y pensativa, dejando escapar á cada momento frases de odio inextinguible contra el francés. La duquesa aborrecía las traiciones y estaba segura de que la traición había sido la causa de perderse aquellos pedazos de tierra española sin honor ni resistencia.

III

Reuníanse en aquel tiempo, en casa de un boticario de la plaza del Oli, varios personajes de la localidad: un médico, notable por su elevadísima estatura; un propietario, conocido entre mil por su

vozarrón y gárrula facundia, y un abogado, más celebrado por sus triquiñuelas que por su civismo. Los tres eran hombres tenidos por altamente juiciosos, sesudos, importantes, autorizados y graves.

Poco antes del anochecer del día 3 de mayo estaban reunidos dichos ilustres varones en la trastienda, junto con otros no menos insignes personajes, á saber: un procurador, un comerciante de vinos, un capitán retirado y un hacendado del Priorato.

Habíase dado comienzo á la tertulia rezando el santísimo rosario ante una vieja estampa del glorioso mártir San Magín, y se acordó por unanimidad suspender la partida de brisca que se jugaba de luengos años en aquel augusto recinto de la ciencia, afanosos todos por departir acerca de lo que estaba ocurriendo.

Tomó, pues, la palabra el insigne propietario y anticuario D. Pedro Sabidor, y, con aquella elocuencia que le caracterizaba, soltó el siguiente discurso:

—Señores: va á empezar para esta

zás daría las oportunas órdenes para que fuesen respetados aquellos productivos huertos; porque no hay que olvidar, señores, que nada es tan conveniente á un país como la prosperidad de la agricultura. Sí: la agricultura...

—Aquí no se trata de agricultura, sino de bombas y metralla,—exclamó impetuosamente el capitán retirado, que era algo sordo, pero que había comprendido perfectamente que D. Pedro estaba hablando, como siempre, de la agricultura.

—Señores,—repuso el preopinante,—no me opongo á que hablemos de bombas y de cañonazos: á eso voy precisamente, á eso voy. Imaginemos por un momento que una bomba cae sobre el tejado de nuestras casas, derriba la chimenea, rompe los cristales en mil pedazos, tal vez echa abajo una puerta, un tabique, un balcón. ¡Qué susto, señores! ¡Qué terribles desperfectos! ¡Qué desmérito para la finca! Vamos, pues, á inquirir, á buscar, á escogitar un medio para evitar esto, para que nuestras casas, nuestras propiedades, nuestro mobiliario,

se pusiese V. enfermo! ¡Cúidese V., cúidese V., don Justiniano! Y, por si acaso oyese V. mañana cañonazos y descargas, llévese V. un poco de agua de melisa y algún espíritu antiespasmódico!—exclamó con chunga el procurador.

D. Justiniano hizo como que no oía, tomó un polvo y desapareció.

—¡Vayan con Dios!—repuso el capitán.—Pero á fe mía que me alegraría que se los tragase el mar á todos. En cuanto á ese abogado de las trampas, hay que vigilarle, porque le considero capaz de todo.

Los dignos tertulianos, desembarazados de aquella villana trinidad, pasaron el resto de la noche trazando todo género de planes de defensa que hubieran dado envidia á un general de ingenieros.

IV

Como si hubieran obedecido á una consigna, encontráronse la noche siguiente, en la calle de Granada, los dos valerosos personajes próximos á salir para Mallorca.

—¡D. Pedro!

—¡D. Damián!

—¿Adónde va V. á estas horas, tan tarde?

—Pues ¿dónde quiere V. que vaya? A despedirme de la señora D.ª Leonor.

—Igual camino llevaba yo.

—Iremos, pues, los dos juntos.

—Con mucho gusto.

Habitaban los jóvenes esposos una magnífica casa de aquella calle, con preciosas vistas al mar, que está de allí muy cerca y se dilata anchurosamente.

Eran las nueve de la noche. Antonio se encontraba fuera, ocupado en ejercicios, y la duquesa estaba preparando gruesos paquetes de hilas. Junto á una larga mesa, cargada de vendajes, había un gran rimero de sacos con letreros que decían *Pólvora*, estando el resto de la casa ocupado por pertrechos militares de todas clases.

Así que llegaron al recibimiento sintieron nuestros héroes un ligero escalofrío: arrimados á la pared y amontonados en el suelo había infinidad de trabucos, pistolas, fusiles, retacos y carabinas.

—¿Estarán cargados?—murmuró débilmente don Damián al oído de Sabidor.

—Me temo que sí,—contestó éste.—¡Qué imprudentes hemos sido en venir!

Atravesaron luego varias salas atestadas de cartucheras, cananas, parihuelas, mochilas y correajes, y, por fin, llegaron á donde estaba Leonor.

La duquesa les recibió como sorprendida.

—¡Señora!—exclamó D. Pedro.—No extrañará V. S. que antes de entregarnos á los peligrosos azares de una navegación larga y difícil vengamos á ponernos humildemente á las plantas de V. S., manifestándole cuánta es nuestra gratitud por la gallarda longanimidad con que siempre nos ha acogido usía en su *palacio*.

—¿Qué dicen Vds.?—contestó algo secamente la duquesa.—¿Que se marchan?

—Ya ve V. S.: somos padres de familia, estamos poco habituados al ruido de las armas y á las mil incomodidades de un sitio, y, francamente, deseosos de evitarnos el lastimoso espectáculo que amenaza presentar Tarragona si el señor general Suchet no desiste de su empresa, hemos decidido trasladarnos á Mallorca.

—¿Y para eso han venido Vds. aquí?—repuso Leonor.—¿Para participarme que les dan miedo los franceses? Les confieso que me sorprende que hayan Vds. osado á tanto.

—Señora,—exclamó el iracundo doctor,—la sabiduría...

—Sí: ya sé que V. es muy sabio,—le interrumpió diciendo Leonor;—y, por lo mismo, yo, que soy una ignorante, no le entendería á V., por lo cual le ruego se sirva V. retirarse en seguida de mi casa, lo mismo que ese otro señor.

Tomaron la puerta los dos amigos, pero no sin que, enterado el mayordomo de la mala pasada de aquellos dos pozos de ciencia, les echara un enorme mastín, que se agarró fuertemente á las interminables piernas del aristotélico filósofo.

Los dos graves señores, olvidando su ciencia y saber, precipitáronse escalera abajo, llegando á la calle en lastimoso estado, perseguidos siempre por los aullidos del feroz can. El doctor pudo ponerse pronto fuera de su alcance gracias á sus espléndidas extremidades abdominales; pero D. Pedro, que era más obeso, no pudo alcanzarle en su briosa correría, hasta que por fin, jadeante y lleno de dentelladas, consiguió refugiarse en la portería del convento de la Trinidad.

Ocultó á los padres como pudo el motivo de su desventura, y, después de curado y cepillado, púsose otra vez en camino para su casa.

V

Una vez en sus lares, exclamó D. Pedro, enjugándose el sudor, y muy bajo, como si hablara maquinalmente:—*Tamen, ¡heu! ferus adulteros crines pulvere collines.*

A lo cual respondió una destemplada voz de mujer:

—¿También has ido esta noche á ver á esa castellana de Madrid? Pues si crees que me la pegas andas muy equivocado, Pedro. Hace tiempo que te veo muy *embabiecado* con ella, y te juro...

—Calla, calla, esposa, y anda á ver si ponen presto la mesa.

Al mismo tiempo que esto sucedía en el cuarto de D. Pedro, llamaba á la puerta de su casa el doctor Pinares, é, ínterin iban á abrir, murmuraba:

—Es la última vez que voy; pero hoy no me ha cabido duda en que ese hipopótamo de D. Pedro recibió también flechazo. Afortunadamente mi corazón está revestido con el duro peto de la filosofía escolástica y sabré olvidar esa pasión ¡ay! que se apoderó de mis sentidos, aunque sin interesar en lo más mínimo mi intelecto.

Al día siguiente salían los dos valientes en sendos jabeques con rumbo á la capital de las Baleares, con buen tiempo y viento en popa.

En cuanto al profundo abogado D. Justiniano Trampis, pretextando un viaje al fuerte de la Reina, contiguo al mar, consiguió meterse en una lancha pescadora, y mediante engaños y embustes se hizo trasladar á las pintorescas playas de Salou, desde cuyo punto se encaminó á Reus, acuartelamiento de Suchet y población enteramente sosegada y tranquila.

Desde el campanario de Reus vió, al amanecer del 4 de mayo, cómo avanzaban las columnas francesas desde orillas del río al Olivo, y se frotó las manos de gusto al considerarse sano y salvo, en tanto que llegaban distintos hasta sus oídos los ecos de descargas y cañonazos y se veían coronados de humaredas los cerros cercanos á la capital.

D. Justiniano había dado ya la primera prueba de sus habilidades.

Cuando se supo en Tarragona la fuga de los tres sabios, y que al propio tiempo habían salido de la ciudad con rumbo á Mallorca algunos de los más granados títulos, hubo un movimiento general de desprecio y todos los pechos leales latieron de ira é indignación. Fuera aquellos egoístas, sólo quedaban los esforzados, los patriotas y leales. Así fué de gloriosa la defensa.